



se

Ray Bradbury

La bruja de abril
y otros cuentos

Lectulandia

Cuartos de jugar que reproducen en imágenes los pensamientos de sus dueños... Problemas raciales en el planeta Marte... Brujas con grandes deseos de enamorarse, aunque para ello necesiten introducirse en el cuerpo de otras personas... Sirenas de faros capaces de relacionarse con monstruos marinos...

Lectulandia

Ray Bradbury

La bruja de abril y otros cuentos

ePub r1.0

Titivillus 24.03.2018

Título original: *The april witch*
Ray Bradbury, 1950
Traducción: Mariano Antolín Rato
Ilustraciones: Gary Kelley

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA SABANA

GEORGE, me gustaría que le echaras un ojo al cuarto de jugar de los niños.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Pues bien, ¿y entonces?

—Sólo quiero que le echés una ojeada, o que llames a un psicólogo para que se la eche él.

—¿Y qué necesidad tiene un cuarto de jugar de un psicólogo?

—Lo sabes perfectamente —su mujer se detuvo en el centro de la cocina y contempló uno de los fogones, que en ese momento estaba hirviendo la sopa para cuatro personas—. Sólo es que ese cuarto ahora es diferente de como era antes.

—Muy bien, echémosle un vistazo.

Atravesaron el vestíbulo de su lujosa casa insonorizada cuya instalación les había costado treinta mil dólares, una casa que los vestía y los alimentaba y los mecía para que se durmieran, y tocaba música y cantaba y era buena con ellos. Su aproximación activó un interruptor en alguna parte y la luz de la habitación de los niños parpadeó cuando llegaron a tres metros de ella. Simultáneamente, en el vestíbulo, las luces se apagaron con un automatismo suave.

—Bien —dijo George Hadley.

Se detuvieron en el suelo acolchado del cuarto de jugar de los niños. Tenía doce metros de ancho por diez de largo; además había costado tanto como la mitad del resto de la casa. ¡Pero nada es demasiado bueno para nuestros hijos!, había dicho George.

La habitación estaba en silencio y tan desierta como un claro de la selva un caluroso mediodía. Las paredes eran lisas y bidimensionales. En ese momento, mientras George y Lydia Hadley se encontraban quietos en el centro de la habitación, las paredes se pusieron a zumbiar y a retroceder hacia una distancia cristalina, o eso parecía, y pronto apareció una sabana africana en tres dimensiones; por todas partes, en colores que reproducían hasta el último guijarro y brizna de paja. Por encima de ellos, el techo se convirtió en un cielo profundo con un ardiente sol amarillo.

George Hadley notó que la frente le empezaba a sudar.

—Vamos a quitarnos del sol —dijo—. Resulta demasiado real. Pero no veo que pase nada extraño.

—Espera un momento y verás —dijo su mujer.

Los ocultos olorificadores empezaron a emitir un viento aromatizado en dirección a las dos personas del centro de la achicharrante sabana africana. El intenso olor a paja, el aroma fresco de la charca oculta, el penetrante olor a moho de los animales, el olor a polvo en el aire ardiente. Y ahora los sonidos: el trote de las patas de lejanos antílopes en la hierba, el aleteo de los buitres. Una sombra recorrió el cielo y vaciló sobre la sudorosa cara que miraba hacia arriba de George Hadley.

—Unos bichos asquerosos —le oyó decir a su mujer.

—Los buitres.

—¿Ves? Allí están los leones, a lo lejos, en aquella dirección. Ahora se dirigen a la charca. Han estado comiendo —dijo Lydia—. No sé el qué.

—Algún animal —George Hadley alzó la mano para defender sus entrecerrados ojos de la luz ardiente—. Una cebra o una cría de jirafa, a lo mejor.

—¿Estás seguro? —la voz de su mujer sonó especialmente tensa.

—No, ya es un poco tarde para estar seguro —dijo él, divertido—. Allí lo único que puedo distinguir son unos huesos descarnados, y a los buitres dispuestos a caer sobre lo que queda.

—¿Has oído ese grito? —preguntó ella.

—No.

—¡Hace un momento!

—Lo siento, pero no.

Los leones se acercaban. Y George Hadley volvió a sentirse lleno de admiración hacia el genio mecánico que había concebido aquella habitación. Un milagro de la eficacia que vendían por un precio ridículamente bajo. Todas las casas deberían tener algo así. Claro, de vez en cuando te asustaba con su exactitud clínica, hacía que te sobresaltases y te producía un estremecimiento, pero qué divertido era para todos en la mayoría de las ocasiones; y no sólo para su hijo y su hija, sino para él mismo cuando sentía que daba un paseo por un país lejano, y después cambiaba rápidamente de escenario. Bien, ¡pues allí estaba!

Y allí estaban los leones, a unos cinco metros de distancia, tan reales, tan febril y



sobrecogedoramente reales que casi notabas su piel áspera en la mano, la boca se te quedaba llena del polvoriento olor a tapicería de sus pieles calientes, y su color amarillo permanecía dentro de tus ojos como el amarillo de un exquisito tapiz francés; el amarillo de los leones y de la hierba en verano, y el sonido de los enmarañados pulmones de los leones respirando en el silencioso calor del mediodía, y el olor a carne en el aliento, sus bocas goteando.

Los leones se quedaron mirando a George y Lydia Hadley con sus aterradores ojos verde-amarillentos.



—¡Cuidado! —gritó Lydia.

Los leones venían corriendo hacia ellos.

Lydia se dio la vuelta y echó a correr. George se lanzó tras ella. Fuera, en el vestíbulo, después de cerrar de un portazo, él se reía y ella lloraba y los dos se detuvieron horrorizados ante la reacción del otro.

—¡George!

—¡Lydia! ¡Oh, mi querida, mi dulce, mi pobre Lydia!

—¡Casi nos atrapan!

—Unas paredes, Lydia, acuérdate de ello; unas paredes de cristal, es lo único que son. Claro, parecen reales, lo reconozco... África en tu salón, pero sólo es una película en color multidimensional de acción especial, supersensitiva, y una cinta cinematográfica mental detrás de las paredes de cristal. Sólo son olorificadores y acústica, Lydia. Toma mi pañuelo.

—Estoy asustada —Lydia se le acercó, pegó su cuerpo al de él y lloró sin parar—. ¿Has visto? ¿Lo has *notado*? Es demasiado real.

—Vamos a ver, Lydia...

—Tienes que decirles a Wendy y Peter que no lean nada más sobre África.

—Claro que sí... Claro que sí —le dio unos golpecitos con la mano.

—¿Lo prometes?

—Desde luego.

—Y mantén cerrada con llave esa habitación durante unos días hasta que consiga que se me calmen los nervios.

—Ya sabes lo difícil que resulta Peter con eso. Cuando le castigué hace un mes a tener unas horas cerrada con llave esa habitación..., ¡menuda rabieta cogió! Y Wendy lo mismo. *Viven* para esa habitación.

—Hay que cerrarla con llave, eso es todo lo que hay que hacer.

—Muy bien —de mala gana, George Hadley cerró con llave la enorme puerta—. Has estado trabajando intensamente. Necesitas un descanso.

—No lo sé... No lo sé —dijo ella, sonándose la nariz y sentándose en una butaca que inmediatamente empezó a mecerse para tranquilizarla—. A lo mejor tengo pocas

cosas que hacer. Puede que tenga demasiado tiempo para pensar. ¿Por qué no cerramos la casa durante unos cuantos días y nos vamos de vacaciones?

—¿Te refieres a que vas a tener que freír tú los huevos?

—Sí —Lydia asintió con la cabeza.

—¿Y zurcirme los calcetines?

—Sí —un frenético asentimiento, y unos ojos que se humedecían.

—¿Y barrer la casa?

—¡Sí, sí..., claro que sí!

—Pero yo creía que por eso habíamos comprado esta casa, para que no tuviéramos que hacer ninguna de esas cosas.

—Justamente es eso. No siento como si esta fuera mi casa. Ahora la casa es la esposa y la madre y la niñera. ¿Cómo podría competir yo con una sabana africana? ¿Es que puedo bañar a los niños y restregarles de modo tan eficiente o rápido como el baño que restriega automáticamente? Es imposible. Y no sólo me pasa a mí. También a ti. Últimamente has estado terriblemente nervioso.

—Supongo que porque he fumado en exceso.

—Tienes aspecto de que tampoco tú sabes qué hacer contigo mismo en esta casa. Fumas un poco más por la mañana y bebes un poco más por la tarde y necesitas unos cuantos sedantes más por la noche. También estás empezando a sentirte innecesario.

—¿Y no lo soy? —hizo una pausa y trató de notar lo que de verdad sentía interiormente.

—¡Oh, George! —Lydia lanzó una mirada más allá de él, a la puerta del cuarto de jugar de los niños—. Esos leones no pueden salir de ahí, ¿verdad que no pueden?

Él miró la puerta y vio que temblaba como si algo hubiera saltado contra ella por el otro lado.

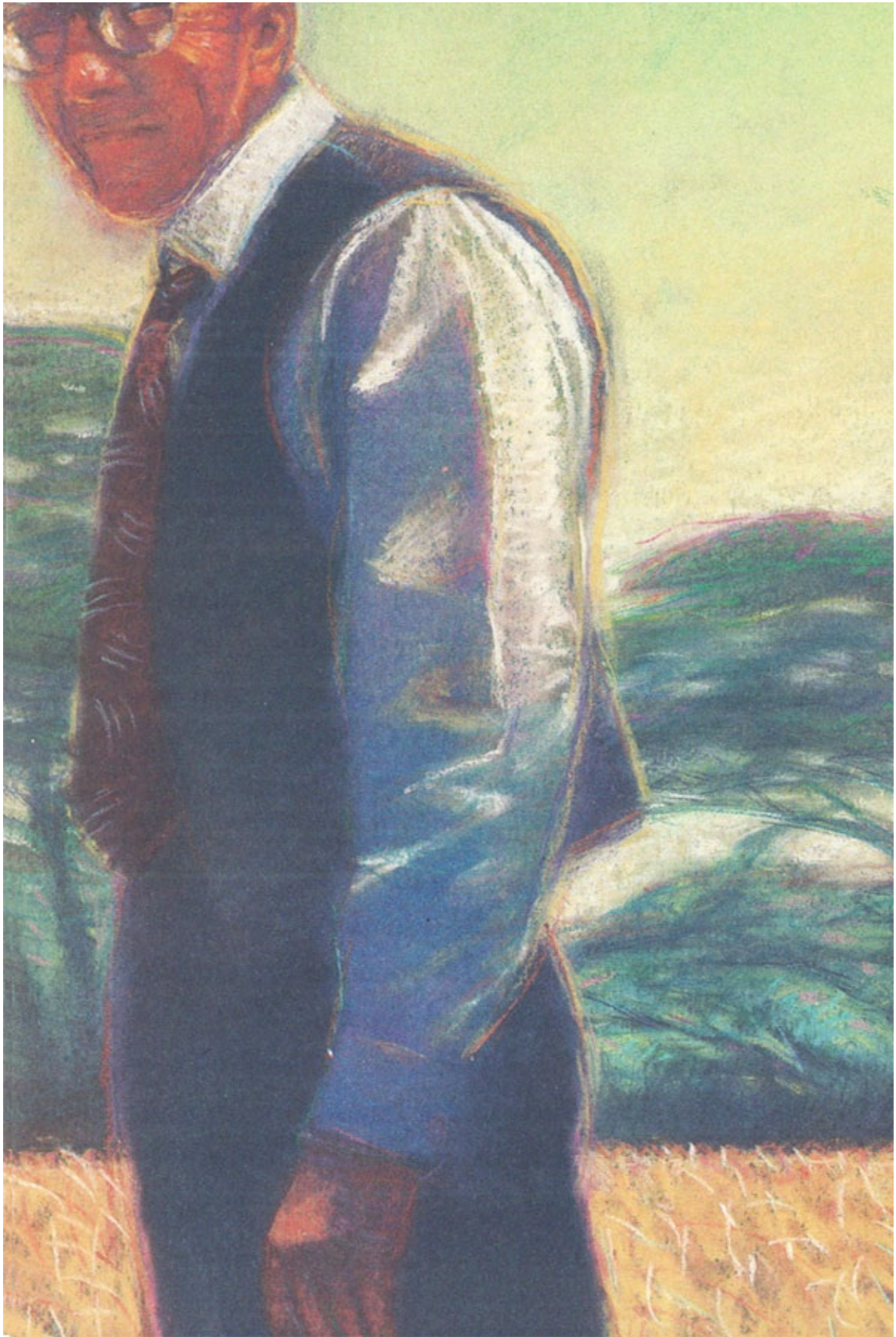
—Claro que no —dijo.

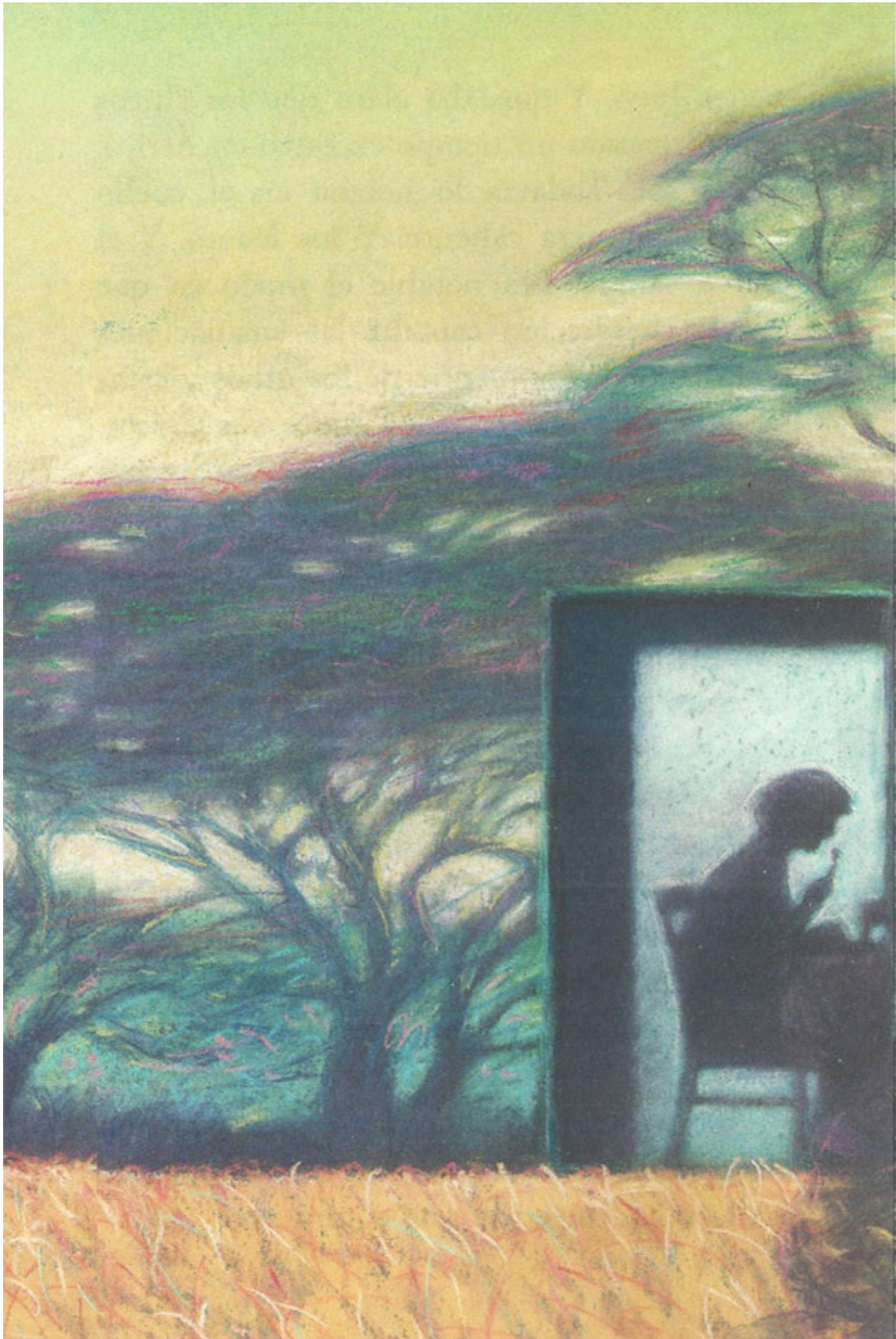
CENARON solos porque Wendy y Peter estaban en un carnaval plástico en el otro extremo de la ciudad y habían televisado a casa para decir que se iban a retrasar, que empezaran a cenar. Conque George Hadley se sentó abstraído viendo que la mesa del comedor producía platos calientes de comida desde su interior mecánico.

—Nos olvidamos del *ketchup* —dijo.

—Lo siento —dijo una vocecita del interior de la mesa, y apareció el *ketchup*.

En cuanto a la habitación, pensó George Hadley, a sus hijos no les haría ningún daño que estuviera cerrada con llave durante un tiempo. Un exceso de algo a nadie le sienta nunca bien. Y quedaba claro que los chicos habían pasado un tiempo excesivo en África. Aquel sol. Todavía lo notaba en el cuello como una garra caliente. Y los leones. Y el olor a sangre. Era notable el modo en que aquella habitación captaba las emanaciones telepáticas de las mentes de los niños y creaba una vida que colmaba todos sus deseos. Los niños pensaban en leones, y aparecían leones. Los niños pensaban en cebras, y aparecían cebras. Sol... sol. Jirafas... jirafas. Muerte y muerte.





Aquello no se iba. Masticó sin saborearla la carne que les había preparado la mesa. La idea de la muerte. Eran terriblemente jóvenes, Wendy y Peter, para tener ideas sobre la muerte. No, la verdad, nunca se era demasiado joven. Uno le deseaba la muerte a otros seres mucho antes de saber lo que era la muerte. Cuando tenías dos

años ya andabas disparando a la gente con pistolas de juguete.

Pero aquello: la extensa y ardiente sabana africana, la espantosa muerte en las fauces de un león... Y repetido una y otra vez.

—¿Adónde vas?

No respondió a Lydia. Preocupado, dejó que las luces se fueran encendiendo delante de él y apagando a sus espaldas según caminaba hasta la puerta del cuarto de jugar de los niños. Pegó la oreja y escuchó. A lo lejos rugió un león.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. Justo antes de entrar, oyó un chillido lejano. Y luego otro rugido de los leones, que se apagó rápidamente.

Entró en África. Cuántas veces había abierto aquella puerta durante el último año encontrándose en el País de las Maravillas, con Alicia y la Tortuga Artificial, o con Aladino y su lámpara maravillosa, o con Jack Cabeza de Calabaza del País de Oz, o el doctor Doolittle, o con la vaca saltando una luna de aspecto muy real —todas las deliciosas manifestaciones de un mundo simulado—. Había visto muy a menudo a Pegasos volando por el cielo del techo, o cataratas de fuegos artificiales auténticos, u oído voces de ángeles cantar. Pero ahora, aquella ardiente África, aquel horno con la muerte en su calor. Puede que Lydia tuviera razón. A lo mejor necesitaban unas pequeñas vacaciones, alejarse de la fantasía que se había vuelto excesivamente real para unos niños de diez años. Estaba muy bien ejercitar la propia mente con la gimnasia de la fantasía, pero cuando la activa mente de un niño establecía un modelo... Ahora le parecía que, a lo lejos, durante el mes anterior, había oído rugidos de leones y sentido su fuerte olor, que llegaba incluso hasta la puerta de su estudio. Pero, al estar ocupado, no había prestado atención.

George Hadley se mantenía quieto y sólo en el mar de hierba africano. Los leones alzaron la vista de su alimento, observándole. El único defecto de la ilusión era la puerta abierta por la que podía ver a su mujer, al fondo, pasado el vestíbulo, a oscuras, como un cuadro enmarcado, cenando distraídamente.

—Largo —les dijo a los leones.

No se fueron.

Conocía exactamente el funcionamiento de la habitación. Emitías tus pensamientos. Y aparecía lo que pensabas.

—Que aparezcan Aladino y su lámpara maravillosa —dijo chasqueando los dedos.

La sabana siguió allí; los leones siguieron allí.

—¡Venga, habitación! ¡Que aparezca Aladino! —repitió.

No pasó nada. Los leones refunfuñaron dentro de sus pieles recocidas.

—¡Aladino!

Volvió al comedor.

—Esa estúpida habitación está averiada —dijo—. No quiere funcionar.

—O...

—¿O qué?

—O *no puede* funcionar —dijo Lydia—, porque los niños han pensado en África y leones y muerte tantos días que la habitación es víctima de la rutina.

—Podría ser.

—O que Peter la haya conectado para que siga siempre así.

—¿Conectado?

—Puede que haya manipulado la maquinaria, tocado algo.

—Peter no conoce la maquinaria.

—Es un chico listo para sus diez años. Su coeficiente de inteligencia es...

—A pesar de eso...

—Hola, mamá. Hola, papá.

Los niños habían vuelto. Wendy y Peter entraron por la puerta principal, con las mejillas como caramelos de menta y los ojos como brillantes piedras de ágata azul. Sus monos de salto despedían un olor a ozono después de su viaje en el helicóptero.

—Llegáis justo a tiempo de cenar —dijeron los padres.

—Nos hemos atiborrado de helado de fresa y de perritos calientes —dijeron los niños, cogidos de la mano—. Pero nos sentaremos un rato y miraremos.

—Sí, vamos a hablar de vuestro cuarto de jugar —dijo George Hadley.

Ambos hermanos parpadearon y luego se miraron uno al otro.

—¿El cuarto de jugar?

—De lo de África y de todo lo demás —dijo el padre con una falsa jovialidad.

—No te entiendo —dijo Peter.

—Vuestra madre y yo hemos estado viajando por África; Tom Swift y su león eléctrico —explicó George Hadley.

—En el cuarto no hay nada de África —dijo sencillamente Peter.

—Oh, vamos, Peter. Lo sabemos perfectamente.

—No me acuerdo de nada de África —le comentó Peter a Wendy—. ¿Y tú?

—No.

—Id corriendo a ver y volved a contárnoslo.

La niña obedeció.

—Wendy, ¡vuelve aquí! —dijo George Hadley, pero la niña ya se había ido. Las luces de la casa la siguieron como una bandada de luciérnagas. Demasiado tarde, George Hadley se dio cuenta de que había olvidado cerrar con llave la puerta después de su última inspección.

—Wendy mirará y vendrá a contárnoslo —dijo Peter.

Ella no me tiene que contar nada. Yo mismo lo he visto.

—Estoy seguro de que te has equivocado, padre.

—No me he equivocado, Peter. Vamos.

Pero Wendy volvía ya.

—No es África —dijo sin aliento.

—Ya lo veremos —comentó George Hadley, y todos cruzaron el vestíbulo juntos y abrieron la puerta de la habitación.

Había un bosque verde, un río encantador, una montaña púrpura, cantos de voces agudas, y Rima acechando entre los árboles. Mariposas de muchos colores volaban, igual que ramos de flores animados, en torno a su largo pelo. La sabana africana había desaparecido. Los leones habían desaparecido. Ahora sólo estaba Rima, entonando una canción tan hermosa que llenaba los ojos de lágrimas^[1].

George Hadley contempló la escena que había cambiado.

—Id a la cama —les dijo a los niños.

Éstos abrieron la boca.

—Ya me habéis oído —dijo su padre.

Salieron a la toma de aire, donde un viento los empujó como a hojas secas hasta sus dormitorios.

George Hadley anduvo por el sonoro claro y agarró algo que yacía en un rincón cerca de donde habían estado los leones. Volvió caminando lentamente hasta su mujer.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una vieja cartera mía —dijo él.

Se la enseñó. Olía a hierba caliente y a león. Había gotas de saliva en ella: la habían mordido, y tenía manchas de sangre en los dos lados.

Cerró la puerta de la habitación y echó la llave.

En plena noche todavía seguía despierto, y se dio cuenta de que su mujer lo estaba también.

—¿Crees que Wendy la habrá cambiado? —preguntó ella, por fin, en la habitación a oscuras.

—Naturalmente.



—¿Ha convertido la sabana africana en un bosque y ha puesto a Rima allí en lugar de los leones?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero seguirá cerrada con llave hasta que lo averigüe.

—¿Cómo ha llegado allí tu cartera?

—Yo no sé nada —dijo él—, a no ser que estoy empezando a lamentar que hayamos comprado esa habitación para los niños. Si los niños son neuróticos, una habitación como esa...

—Se suponía que les iba a ayudar a librarse de sus neurosis de un modo sano.

—Es lo que me estoy empezando a preguntar —George Hadley clavó la vista en el techo.

—Les hemos dado a los niños todo lo que quieren. Y esta es nuestra recompensa... ¡Secretos, desobediencia!

—¿Quién fue el que dijo que los niños son como alfombras a las que hay que sacudir de vez en cuando? Nunca les levantamos la mano. Son insoportables..., admitámoslo. Van y vienen según les apetece; nos tratan como si los hijos fuéramos nosotros. Están echados a perder y nosotros estamos echados a perder también.

—Llevan comportándose de un modo raro desde que hace unos meses les prohibiste ir a Nueva York en cohete.

—No son lo suficientemente mayores para ir solos. Se lo expliqué.

—Da igual. Me he fijado que desde entonces se han mostrado claramente fríos con nosotros.

—Creo que deberíamos hacer que mañana viniera David McClean para que le echara un ojo a África.

—Pero ahora ya no es África, es el País de las Mansiones Verdes.

—Tengo la sensación de que volverá a ser África.

Unos momentos después, oyeron los gritos.

Dos gritos. Dos personas que gritaban en el piso de abajo. Y luego, rugidos de leones.

—Wendy y Peter no están en sus dormitorios —dijo su mujer.

Siguió tumbado en la cama con el corazón latiéndole con fuerza.

—No —dijo él—. Han entrado en el cuarto de jugar.

—Esos gritos... suenan a conocidos.

—¿De verdad?

—Sí, muchísimo.

Y aunque sus camas se esforzaron a fondo, los dos adultos no consiguieron sumirse en el sueño durante otra hora más. Un olor a felino llenaba el aire nocturno.

—¿P ADRE? —dijo Peter.

—¿Qué?

Peter se observó los zapatos. Ya no miraba nunca a su padre, ni a su madre.

—Vas a cerrar con llave la habitación para siempre, ¿verdad?

—Eso depende.

—¿De qué? —soltó Peter.

—De ti y de tu hermana. De que mezcléis África con otras cosas... Con Suecia, tal vez, o Dinamarca o China...

—Yo creía que teníamos libertad para jugar a lo que quisiéramos.

—La tenéis, con unos límites razonables.

—¿Qué pasa de malo con África, padre?

—Vaya, de modo que ahora admites que has estado haciendo que aparezca África, ¿es así?

—No quiero que el cuarto de jugar esté cerrado con llave —dijo fríamente Peter—. Nunca.

—En realidad estamos pensando en pasar un mes fuera de casa. Libres de esta especie de existencia despreocupada.

—¡Eso sería espantoso! ¿Tendría que atarme los cordones de los zapatos yo en lugar de dejar que me los ate el atador? ¿Y lavarme los dientes y peinarme y bañarme?

—Sería divertido un pequeño cambio, ¿no crees?

—No, sería horripilante. No me gustó que quitaras el pintador de cuadros el mes pasado.

—Es porque quería que aprendieras a pintar por ti mismo, hijo.

—Yo no quiero hacer nada excepto mirar y oír y oler. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Muy bien, vete a jugar a África.

—¿Cerrarás la casa pronto?

—Lo estamos pensando.

—Creo que será mejor que no lo penséis más, padre.

—¡No voy a consentir que me amenace mi propio hijo!

—Muy bien —y Peter penetró en el cuarto de jugar.

—¿LLEGO a tiempo? —dijo David McClean.

—¿Quieres desayunar? —preguntó George Hadley.

—Gracias, tomaré algo. ¿Cuál es el problema?

—David, tú eres psicólogo.

—Eso espero.

—Bien, pues entonces échale una mirada al cuarto de jugar de nuestros hijos. Ya lo viste hace un año cuando viniste por aquí. ¿Entonces no notaste nada especial en esa habitación?

—No podría decir que lo notara; la violencia habitual, cierta tendencia hacia una ligera paranoia acá y allá, lo normal en niños que se sienten perseguidos constantemente por sus padres; pero, bueno, de hecho nada.

Cruzaron el vestíbulo.

—Cerré la habitación con llave —explicó el padre—, y los niños entraron en ella por la noche. Dejé que estuvieran dentro para que pudieran formar los modelos y así tú los pudieras ver.

De la habitación salían gritos terribles.

—Ahí lo tienes —dijo George Hadley—. Veamos lo que consigues.

Entraron sin llamar.

Los gritos se habían desvanecido. Los leones estaban comiendo.

—Salid afuera un momento, chicos —dijo George Hadley—. No, no cambiéis la combinación mental. Dejad las paredes como están.

Con los niños fuera, los dos hombres se quedaron quietos examinando a los leones agrupados a lo lejos que comían con deleite lo que habían cazado.

—Me gustaría saber de qué se trata —dijo George Hadley—. A veces casi lo consigo ver. ¿Crees que si trajese unos prismáticos potentes y...?

David McClean se rió.

—Difícilmente —se volvió para examinar las cuatro paredes—. ¿Cuánto hace que pasa esto?

—Algo más de un mes.

—La verdad es que no me causa ninguna buena impresión.

—Yo quiero hechos, no impresiones.

—Mira, George querido, un psicólogo nunca ve un hecho en toda su vida. Sólo presta atención a las impresiones, a cosas vagas. Esto no me causa buena impresión, te lo repito. Confía en mis corazonadas y mi intuición. Me huelo las cosas malas. Y esta es muy mala. Mi consejo es que desmontes esta maldita cosa y llesves a tus hijos a que me vean todos los días para someterlos a tratamiento durante un año entero.

—¿Es tan mala?

—Me temo que sí. Uno de los usos originales de estas habitaciones era que pudiéramos estudiar los modelos que dejaba la mente del niño en las paredes, y de ese modo estudiarlos con toda comodidad y ayudar al niño. En este caso, sin embargo, la habitación se ha convertido en un canal hacia... ideas destructivas, en lugar de una liberación de ellas.

—¿Ya has notado esto con anterioridad?

—Lo único que he notado es que has echado a perder a tus hijos más que la mayoría. Y ahora los has defraudado de algún modo. ¿De qué modo?

—No les dejé que fueran a Nueva York.

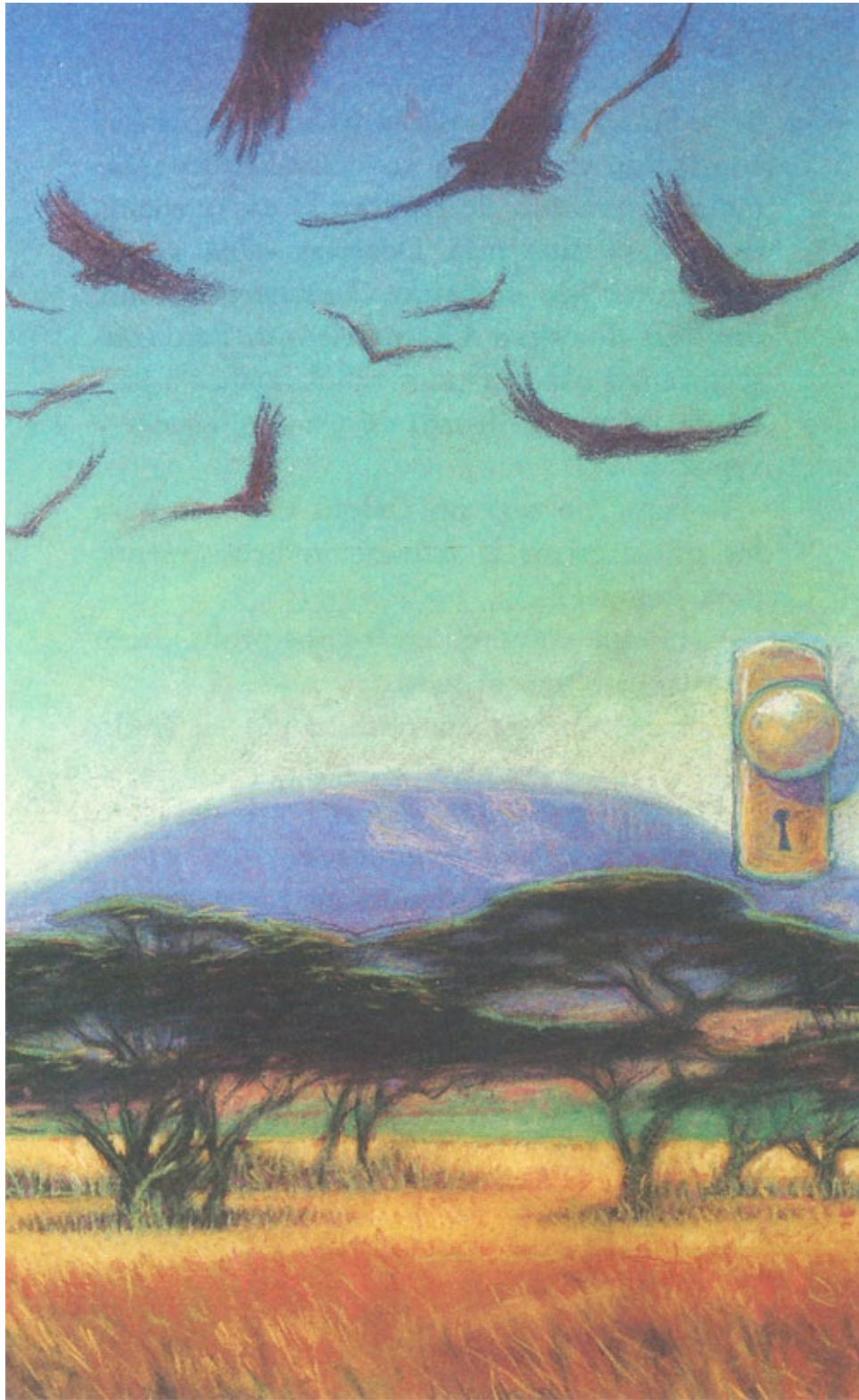
—¿Y qué más?

—He quitado algunos de los aparatos de la casa y les amenacé, hace un mes, con cerrar el cuarto de jugar como no hicieran los deberes del colegio. Lo tuve cerrado unos cuantos días para que aprendieran.

—Vaya, vaya.

—¿Significa algo eso?

—Todo. Donde antes tenían a un Papá Noel, ahora tienen a un ogro. Los niños prefieren a Papá Noel. Dejaste que esta casa os reemplazara a ti y a tu mujer en el afecto de vuestros hijos. Esta habitación es su madre y su padre, y es mucho más importante en sus vidas que sus padres auténticos. Y ahora vas y la quieres cerrar. No me extraña que aquí haya odio. Se nota que brota del cielo. Se nota en ese sol. George, tienes que cambiar de vida. Lo mismo que otros muchos, la has construido en torno a las comodidades. Mañana te morirías de hambre si en la cocina funcionara algo mal. Deberías saber cascar un huevo. Sin embargo, desconéctalo todo. Empieza de nuevo. Llevará tiempo. Pero conseguiremos obtener unos niños buenos a partir de los malos dentro de un año, espera y verás.



—Pero ¿no será un choque excesivo para los niños cerrar la habitación bruscamente, para siempre?

—Lo que yo no quiero es que profundicen más en esto, eso es todo.

Los leones estaban terminando su festín rojo.

Los leones se mantenían al borde del claro observando a los dos hombres.

—Ahora estoy sintiendo que me persiguen —dijo McClean—. Salgamos de aquí. Nunca me gustaron estas malditas habitaciones. Me ponen nervioso.

—Los leones no son reales, ¿verdad? —dijo George Hadley—. Supongo que no

habrá ningún modo de...

—¿De qué?

—... ¡De que se *vuelvan* reales!

—No, que yo sepa.

—¿Algún fallo en la maquinaria, una avería o algo?

—No.

Se dirigieron a la puerta.

—No creo que a la habitación le guste que la desconecten —dijo el padre.

—A nadie le gusta morir... Ni siquiera a una habitación.

—Me pregunto si me odia por querer desconectarla.

—La paranoia abunda por aquí hoy —dijo David McClean—. Puedes utilizar esto como pista. Mira —se agachó y recogió un pañuelo de cuello ensangrentado—. ¿Es tuyo?

—No —la cara de George Hadley estaba rígida—. Pertenece a Lydia.

Fueron juntos a la caja de fusibles y quitaron el que desconectaba el cuarto de jugar.

Los dos niños estaban histéricos. Gritaban y pataleaban y tiraban cosas. Aullaban y sollozaban y soltaban tacos y daban saltos por encima de los muebles.

—¡No le puedes hacer eso al cuarto de jugar, no puedes!



—Vamos a ver, chicos.

Los niños se arrojaron en un sofá, llorando.

—George —dijo Lydia Hadley—, vuelve a conectarla, sólo unos momentos. No puedes ser tan brusco.

—No.

—No seas tan cruel.

—Lydia, está desconectada y seguirá desconectada. Y toda la maldita casa morirá dentro de poco. Cuanto más veo el lío que nos ha originado, más enfermo me pone. Llevamos contemplándonos nuestros ombligos electrónicos, mecánicos, demasiado

tiempo. ¡Dios santo, cuánto necesitamos una ráfaga de aire puro!

Y se puso a recorrer la casa desconectando los relojes parlantes, los fogones, la calefacción, los limpiapapatos, los restregadores de cuerpo y las fregonas y los masajeadores y todos los demás aparatos a los que pudo echar mano.

La casa estaba llena de cuerpos muertos, o eso parecía. Daba la sensación de un cementerio mecánico. Tan silenciosa. Ninguna de la oculta energía de los aparatos zumbaba a la espera de funcionar cuando apretaran un botón.

—¡No les dejes hacerlo! —gritó Peter al techo, como si hablara con la casa, con el cuarto de jugar—. No dejes que mi padre lo mate todo —se volvió hacia su padre—. ¡Te odio!

—Los insultos no te van a servir de nada.

—¡Quisiera que estuvieses muerto!

—Ya lo estamos, desde hace mucho. Ahora vamos a empezar a vivir de verdad. En lugar de que nos manejen y nos den masajes, vamos a *vivir*.

Wendy todavía seguía llorando y Peter se unió a ella.

—Sólo un momento, sólo un momento, sólo otro momento en el cuarto de jugar —gritaban.

—Oh, George —dijo la mujer—. No les hará daño.

—Muy bien... muy bien, siempre que se callen. Un minuto, tenedlo en cuenta, y luego desconectada para siempre.

—Papá, papá, papá —dijeron alegres los chicos, sonriendo con la cara llena de lágrimas.

—Y luego nos iremos de vacaciones. David McClean volverá dentro de media hora para ayudarnos a recoger las cosas y llevarnos al aeropuerto. Me voy a vestir. Conecta la habitación durante un minuto. Lydia, sólo un minuto, tenlo en cuenta.

Y los tres se pusieron a parlotear mientras él dejaba que el tubo de aire le aspirara al piso de arriba y empezaba a vestirse por sí mismo. Un minuto después, apareció Lydia.

—Me sentiré muy contenta cuando nos vayamos —dijo suspirando.

—¿Los has dejado en el cuarto?

—También yo me quería vestir. Oh, esa espantosa África. ¿Qué le pueden encontrar?

—Bueno, dentro de cinco minutos o así estaremos camino de Iowa. Señor, ¿cómo se nos ocurrió tener esta casa? ¿Qué nos impulsó a comprar una pesadilla?

—El orgullo, el dinero, la estupidez.

—Creo que será mejor que baje antes de que esos chicos vuelvan a entusiasmarse con esas malditas fieras.

Precisamente entonces oyeron que llamaban los niños.

—Papá, mamá, venid enseguida... ¡Enseguida!

Bajaron al otro piso por el tubo de aire y atravesaron corriendo el vestíbulo. Los niños no estaban a la vista.

—¿Wendy? ¡Peter!

Corrieron al cuarto de jugar. En la sabana africana no había nadie a no ser los leones, que los miraban.

—¿Peter, Wendy?

La puerta se cerró dando un portazo.

—¡Wendy, Peter!

George Hadley y su mujer se dieron la vuelta y corrieron a la puerta.

—¡Abrid esta puerta! —gritó George Hadley, tratando de hacer girar el picaporte—, ¡Han cerrado por fuera! ¡Peter! —golpeó la puerta—. ¡Abrid!

Oyó la voz de Peter fuera, pegada a la puerta.

—No les dejéis desconectar la habitación y la casa —estaba diciendo.

George Hadley y su mujer daban golpes en la puerta.

—No seáis absurdos, chicos. Es hora de irse. El señor McClean llegará en un momento y...

Y entonces oyeron los sonidos.

Los leones los rodeaban por tres lados. Avanzaban por la hierba amarilla de la sabana, olisqueando y rugiendo.

Los leones.

George Hadley miró a su mujer y los dos se dieron la vuelta y volvieron a mirar a las fieras que avanzaban lentamente, encogiéndose, con el rabo tieso.

George Hadley y su mujer gritaron.

Y de repente se dieron cuenta del motivo por el que aquellos gritos anteriores les habían sonado tan conocidos.



MUY bien, aquí estoy —dijo David McClean a la puerta del cuarto de jugar—. Oh, hola —miró fijamente a los niños, que estaban sentados en el centro del claro merendando. Más allá de ellos estaban la charca y la sabana amarilla; por encima había un sol abrasador. Empezó a sudar—. ¿Dónde están vuestros padres?

Los niños alzaron la vista y sonrieron.

—Oh, estarán aquí enseguida.

—Bien, porque nos tenemos que ir —a lo lejos, McClean distinguió a los leones peleándose. Luego vio cómo se tranquilizaban y se ponían a comer en silencio, a la sombra de los árboles.

Los observó con la mano encima de los ojos entrecerrados.

Ahora los leones habían terminado de comer. Se acercaron a la charca para beber.

Una sombra parpadeó por encima de la ardiente cara de McClean. Parpadearon muchas sombras. Los buitres bajaban del cielo abrasador.

—¿Una taza de té? —preguntó Wendy en medio del silencio.

EL OTRO PIE

CUANDO oyeron la noticia, salieron de los restaurantes y cafés y hoteles y miraron al cielo. Alzaron sus manos oscuras por encima de sus ojos blancos vueltos hacia arriba. Estaban boquiabiertos. Aquel caluroso mediodía, a lo largo de miles de kilómetros, había ciudades pequeñas donde las personas de piel oscura se mantenían quietas con su sombra debajo de ellas, mirando hacia lo alto.

En su cocina, Hattie Johnson tapó la sopa que hervía, se secó los dedos en un paño y se dirigió lentamente al porche trasero.

—¡Ven, mamá! ¡Oye, mamá, ven..., que te lo vas a perder!

—¡Oye, mamá!

Tres niños negros daban saltos en el polvoriento patio, gritando. De vez en cuando, miraban frenéticamente hacia la casa.

—Ya voy —dijo Hattie, y abrió la puerta—. ¿Dónde habéis oído ese rumor?

—En casa de los Jones, mamá. Dicen que se acerca un cohete, el primero en veinte años, ¡con un blanco dentro!

—¿Qué es un blanco? Nunca he visto uno.

—Ya lo sabrás —dijo Hattie—. Desde luego que lo vas a saber.

—Cuéntanos cómo son, mamá. Cuéntanoslo como tú lo haces.

Hattie frunció el ceño.

—Bueno, de eso hace mucho tiempo. Yo era niña, ¿sabéis? Fue allá por 1965.

—¡Háblanos de los blancos, mamá!

Hattie se detuvo en el patio, mirando el despejado cielo azul marciano con las inconsistentes nubes blancas marcianas, y a lo lejos las lomas marcianas asándose bajo el calor. Por fin dijo:

—Bien, lo primero de todo, tienen las manos blancas.

—¡Las manos blancas! —los niños bromearon, dándose palmaditas unos a otros.

—Y tienen los brazos blancos.

—¡Los brazos blancos! —gritaron los niños.

—Y la cara blanca.

—¡La cara blanca! ¿*De verdad?*

—¿Blanca así, mamá? —el menor se echó polvo en la cara y estornudó—. ¿Así?

—Más blanca todavía —dijo Hattie con seriedad, y volvió nuevamente la cara al cielo. Había cierta inquietud en sus ojos, como si estuviera tratando de distinguir unas nubes de tormenta en lo alto y no viera lo que le preocupaba—. Puede que sea mejor que vayáis adentro.

—¡Oh, mamá! —los niños la miraron con incredulidad—. Tenemos que mirar, tenemos que hacerlo. No va a pasar nada, ¿o sí?

—No lo sé. Tengo un presentimiento, eso es todo.

—Sólo queremos ver la nave espacial y a lo mejor bajar corriendo hasta el aeropuerto para ver a ese blanco. ¿A qué se parece, mamá?

—No lo sé. Sencillamente no lo sé —dijo pensativa,

sacudiendo la cabeza.

—¡Cuéntenos algo más!

—Bueno, pues los blancos viven en la Tierra, que es de donde vinimos todos hace veinte años. Sencillamente nos marchamos de allí y vinimos a Marte y construimos ciudades y aquí estamos. Ahora somos marcianos en lugar de terrestres. Y durante todo este tiempo no ha venido ningún blanco. Ésa es la historia.

—¿Y por qué no han venido, mamá?

—Bueno, vamos a ver. Justo después de que viniéramos aquí, en la Tierra hubo una guerra atómica. Se bombardearon unos a otros de un modo terrible. Se olvidaron de nosotros. Cuando dejaron de luchar, al cabo de unos años, ya no tenían cohetes. Hasta recientemente no han conseguido fabricar más. Conque aquí vienen ahora, veinte años después, de visita —Hattie miró a sus hijos distraída y luego echó a andar—. Vosotros esperad aquí. Voy a bajar hasta casa de Elizabeth Brown. ¿Prometéis estaros quietos?

—No nos apetece, pero lo estaremos.

—Muy bien, entonces —y Hattie corrió carretera abajo.

Llegó a casa de los Brown a tiempo de ver que todos se apiñaban en el coche de la familia.

—¡Estamos aquí, Hattie! ¡Nos vamos!

—¿Adónde vais? —preguntó ella, corriendo sin aliento.

—¡A ver al blanco!

—Así es —dijo el señor Brown. Señaló con la mano a los ocupantes del coche—. Estos chicos nunca han visto ninguno, y yo casi he olvidado cómo son.

—¿Y qué vais a hacer con ese blanco? —preguntó Hattie.

—¿Hacer? —dijeron todos—. Verás... Sólo lo queremos mirar, eso es todo.

—¿Estáis seguros?

—¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—No lo sé —dijo Hattie—. Sólo pensaba que podría haber problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Ya lo sabéis —dijo Hattie desconcertada—. ¿No le iréis a linchar?

—¿A linchar? —todos se rieron. El señor Brown se dio una palmada en la rodilla—. ¡Claro que no! Vamos a estrecharle la mano. ¿Es que no lo van a hacer todos?

—Claro, claro.

Subía otro coche en dirección opuesta y Hattie soltó un grito.

—¡Willie!

—¿Qué andas haciendo por aquí? ¿Dónde están los chicos? —gritó su marido, enfadado. Echó una ojeada a los demás—. ¿Es que vais a ir como una panda de locos



a ver cómo llega ese hombre?

—Eso parece, exactamente —se mostró de acuerdo el señor Brown, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—Bueno, pues entonces vete armado —dijo Willie—. ¡Precisamente ahora voy camino de casa por unas armas!

—¿Willie?

—Súbete al coche, Hattie —mantuvo la puerta abierta con firmeza, mirando a su mujer hasta que esta obedeció. Sin una palabra más, se alejó acelerando el coche por la polvorienta carretera.

—¡Willie, no tan deprisa!

—No tan deprisa, ¿eh? Ya veremos qué pasa —contemplaba la carretera desplegarse bajo el coche—. ¿Qué derecho tienen a venir aquí después de tanto tiempo? ¿Por qué no nos dejan en paz? ¿Por qué no se hacen pedazos entre ellos en ese viejo mundo y se olvidan de nosotros?

—Willie, así no es como hablan los cristianos.

—Yo no me siento cristiano —dijo él violentamente, agarrando con fuerza el volante—. Sólo me siento malvado. Después de todos esos años de hacer lo que les hicieron a los nuestros... A mi madre y a mi padre, a tu madre y a tu padre... ¿Lo recuerdas? ¿Te acuerdas de cómo ahorcaron a mi padre en Knockwood y mataron de un tiro a mi madre? ¿O es que tienes tan mala memoria como los demás?

—Me acuerdo —dijo ella.

—¿Te acuerdas del doctor Phillips y del señor Burton y de sus enormes casas? ¿Y del lavadero de mi madre, y de mi padre trabajando cuando era viejo? ¿Y de las gracias que le dieron cuando el doctor Phillips y el señor Burton le ahorcaron? Bien —dijo Willie—, pues el zapato ahora ha cambiado de pie. Veremos quién dicta leyes contra él, a quién linchan, quién tiene que ir en la parte de atrás de los autobuses, a quién segregan en los espectáculos. Esperemos y ya veremos.

—Oh, Willie, estás hablando de problemas.

—Todo el mundo habla. Todo el mundo pensaba en este día, pensaba en que nunca llegaría. Pensaba qué pasaría el día en que los blancos vinieran aquí, a Marte. Pero ha llegado ese día, y no podemos escapar.

—¿Es que no vas a permitir que los blancos vivan aquí?

—Claro que sí —Willie sonrió, pero era una sonrisa maligna, y sus ojos eran de loco—. Pueden venir aquí y vivir y trabajar; sin la menor duda. Lo único que pasa es que merecen vivir en una parte pequeña de la ciudad, en los barrios bajos, y limpiarnos los zapatos, y barrer nuestra basura, y sentarse en la última fila del anfiteatro. Es todo lo que pedimos. Y una vez por semana ahorcaremos a uno o a dos. Así de sencillo.

—No pareces humano, y eso no me gusta nada.

—Te tendrás que acostumbrar —dijo él. Frenó el coche, se detuvo delante de la casa y se apeó de un salto—. Voy a buscar unas armas y un rollo de cuerda. Lo vamos

a hacer bien.

—Oh, Willie —suplicó Hattie. No quería seguirle la corriente.

Él comenzó a hacer ruido en el desván y a soltar maldiciones como un loco. Hattie vislumbraba el brutal brillo metálico de las armas, pero no conseguía verle a él, pues tenía la piel muy oscura; sólo oía sus juramentos. Por fin, sus largas piernas bajaron dando saltos del desván entre un chaparrón de polvo, y agarró un puñado de proyectiles y abrió la recámara de una pistola y metió los proyectiles, con la cara sombría y dura.

—Que nos dejen en paz —continuaba murmurando, mientras movía las manos sin ningún control—. ¿Por qué no nos dejan?

—¡Willie, Willie!

—Y tú también... tú también —y lanzó a su mujer la misma mirada dura, y la intensidad de su odio alcanzó la mente de Hattie.

Al otro lado de la ventana, los niños charlaban entre ellos.

—Blancos como la leche, dijo mamá. Blancos como la leche.

—Blancos como esta flor, ¿la ves?

—Blancos como esta piedra, como la tiza con la que se escribe.

Willie salió bruscamente de la casa.

—Chicos, vosotros adentro; os voy a encerrar con llave dentro. No vais a ver al blanco, no hablaréis con él, no haréis nada. Y ahora, entrad.

—Pero, papá...

Les hizo cruzar la puerta y entró y agarró un cubo de pintura y una plantilla, y del garaje un rollo de cuerda larga y gruesa a la que hizo un nudo corredizo, con mucho cuidado, mientras contemplaba el cielo con sus manos plenamente dedicadas a la tarea.

Y luego allá se fueron, dejando nubes de polvo, carretera abajo.

—Aminorar la marcha, Willie.

—No es momento de aminorar la marcha —dijo él—. Es momento de acelerar, y eso hago: darme prisa.

Durante su trayecto por la carretera encontraron personas que miraban al cielo o conducían sus coches. Las armas asomaban por las ventanillas de algunos coches como telescopios apuntando hacia todos los males de un mundo que llegaban a su fin.

Hattie se fijó en las armas.

—Has hablado con ellos —acusó a su marido.

—Precisamente es lo que he estado haciendo —gruñó él asintiendo con la cabeza. Tenía la mirada clavada en la carretera, con ferocidad—. Me he detenido en todas las casas y les he dicho lo que había que hacer: echar mano de las armas, agarrar pintura, traer cuerda y estar preparados. Y aquí estamos todos, el comité de bienvenida, para entregarles las llaves de la ciudad. ¡Sí, amo!

Hattie se estrechaba las menudas manos negras para librarse del terror que la dominaba, y notó que el coche daba saltos y tumbos entre los otros coches. Oyó

voces gritando:

—¡Oye, Willie, fíjate en esto!

Y vio manos que agarraban cuerdas y armas. Y bocas que les sonreían cuando se cruzaban a toda velocidad.

—Aquí estamos —dijo Willie, y frenó el coche deteniéndose entre el polvo y el silencio. Abrió la puerta de una patada con su enorme pie y, cargado de armas, se apeó y avanzó por la explanada del aeropuerto.

—¿Lo has pensado bien, Willie?

—Precisamente es lo que he hecho durante veinte años. Tenía dieciséis cuando me marché de la Tierra, y me alegró irme —dijo él—. Allí no había nada ni para mí ni para nadie como nosotros. Nunca me molestó haberme ido. Aquí tenemos paz, es la primera vez que hemos podido respirar tranquilamente. Y ahora, ven.

Se abrió paso entre la multitud que había acudido a reunirse con él.

—Willie, Willie, ¿qué vamos a hacer? —le dijeron.

—Aquí tenéis un arma —dijo él—. Aquí tenéis otra. Aquí tenéis otra —se las iba pasando con violentos movimientos de sus brazos—. Aquí tenéis una pistola. Aquí tenéis una escopeta.

La gente estaba tan junta que parecía un cuerpo enorme con mil brazos que se estiraban para agarrar las armas.

—Willie, Willie.

Su mujer se mantenía erguida y en silencio junto a él, con los estriados labios muy apretados, y sus grandes ojos húmedos y trágicos.

—Trae la pintura —le ordenó Willie. Y ella arrastró un bote de cinco kilos de pintura por el campo hasta donde en aquel momento se detenía un tranvía, con un cartel recién pintado en la parte delantera que ponía *Al aterrizaje del blanco*. Iba lleno de personas que se apearon y corrieron por la explanada, dando traspiés y mirando hacia arriba. Mujeres con bolsas de la merienda, hombres con sombreros de paja, en mangas de camisa. El tranvía esperaba vacío, Willie se subió a él, cargando con el bote de pintura. Lo abrió, revolvió la pintura, mojó una brocha, sacó la plantilla y se subió a un asiento.

—¡Oye, tú! —el cobrador se le acercó por detrás haciendo sonar la cartera con las monedas del cambio—. ¿Qué crees que haces? ¡Bájate de ahí!

—Ya verás lo que hago. Estate tranquilo.

Y Willie empezó a pintar por encima de la plantilla y trazó una *L* y una *O* y una *S* tremendamente orgulloso de su trabajo. Y cuando terminó, el cobrador miró con los ojos entrecerrados hacia arriba y leyó las palabras amarillas recién pintadas: *Los blancos, en la parte de atrás*. Lo volvió a leer. *Los blancos*. Parpadeó. *En la parte de atrás*. El cobrador miró a Willie y esbozó una sonrisa.

—¿Te parece bien? —preguntó Willie bajándose.

El cobrador dijo:

—Me parece muy bien, señor.

Hattie miraba la inscripción desde afuera, y tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

Willie regresó con la multitud, que ahora aumentaba, debido a todos los coches que se detenían y a todos los nuevos tranvías que doblaban el recodo procedentes de la ciudad cercana.

Willie se subió de un salto a un cajón de embalaje.

—Vamos a formar una delegación que pinte todos los tranvías que vengan durante la próxima hora. ¿Voluntarios?

Se alzaron las manos.

—¡A ello!

Y se fueron.

—Vamos a formar una delegación para que separen con cuerda las dos últimas filas de los cines para los blancos.

Más manos.

—¡A ello!

Se alejaron corriendo.

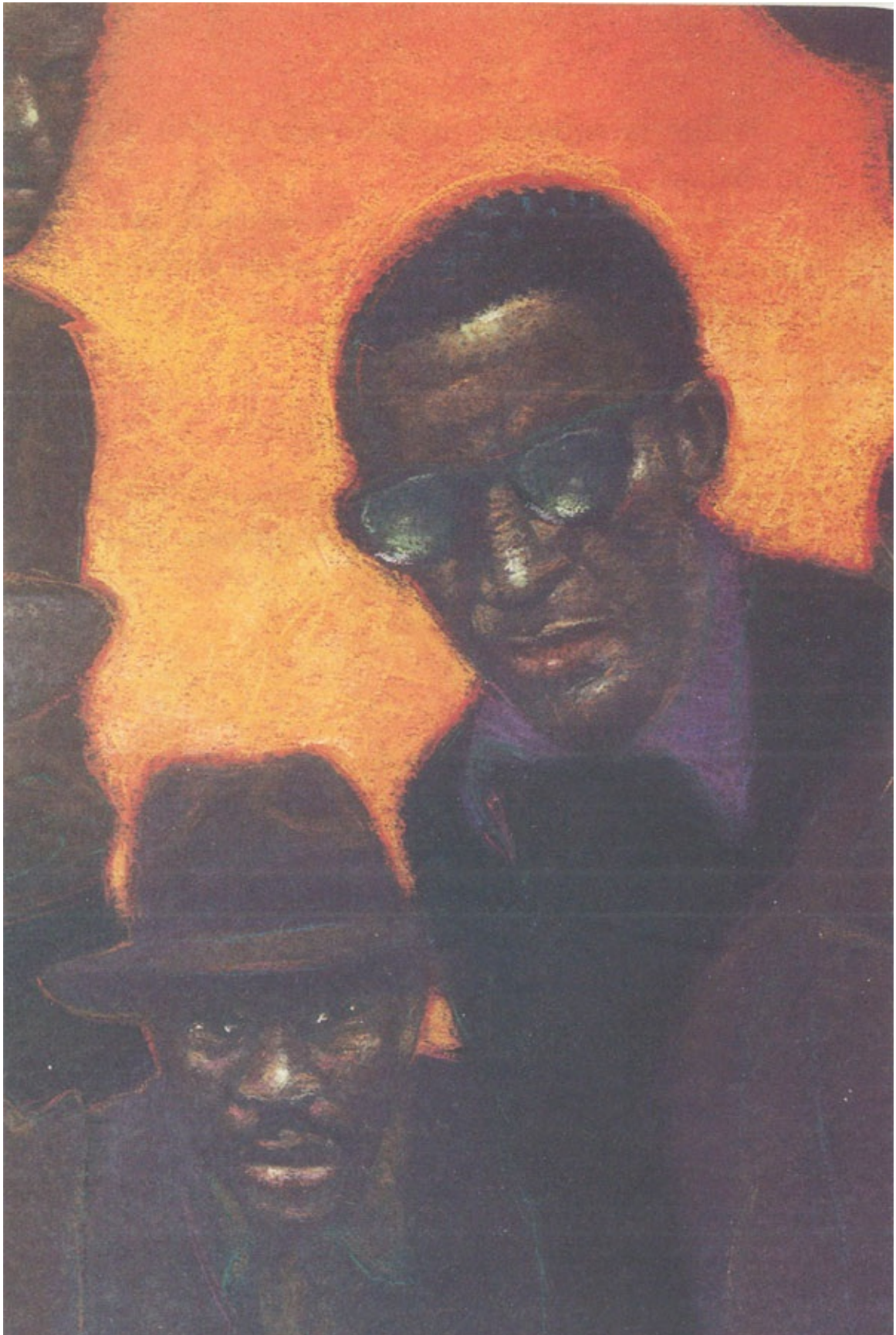
Willie lanzó una mirada a su alrededor, sudoroso, jadeando por el esfuerzo, orgulloso de su energía, con la mano en el hombro de su mujer, que se mantenía junto a él mirando al suelo con los ojos bajos.

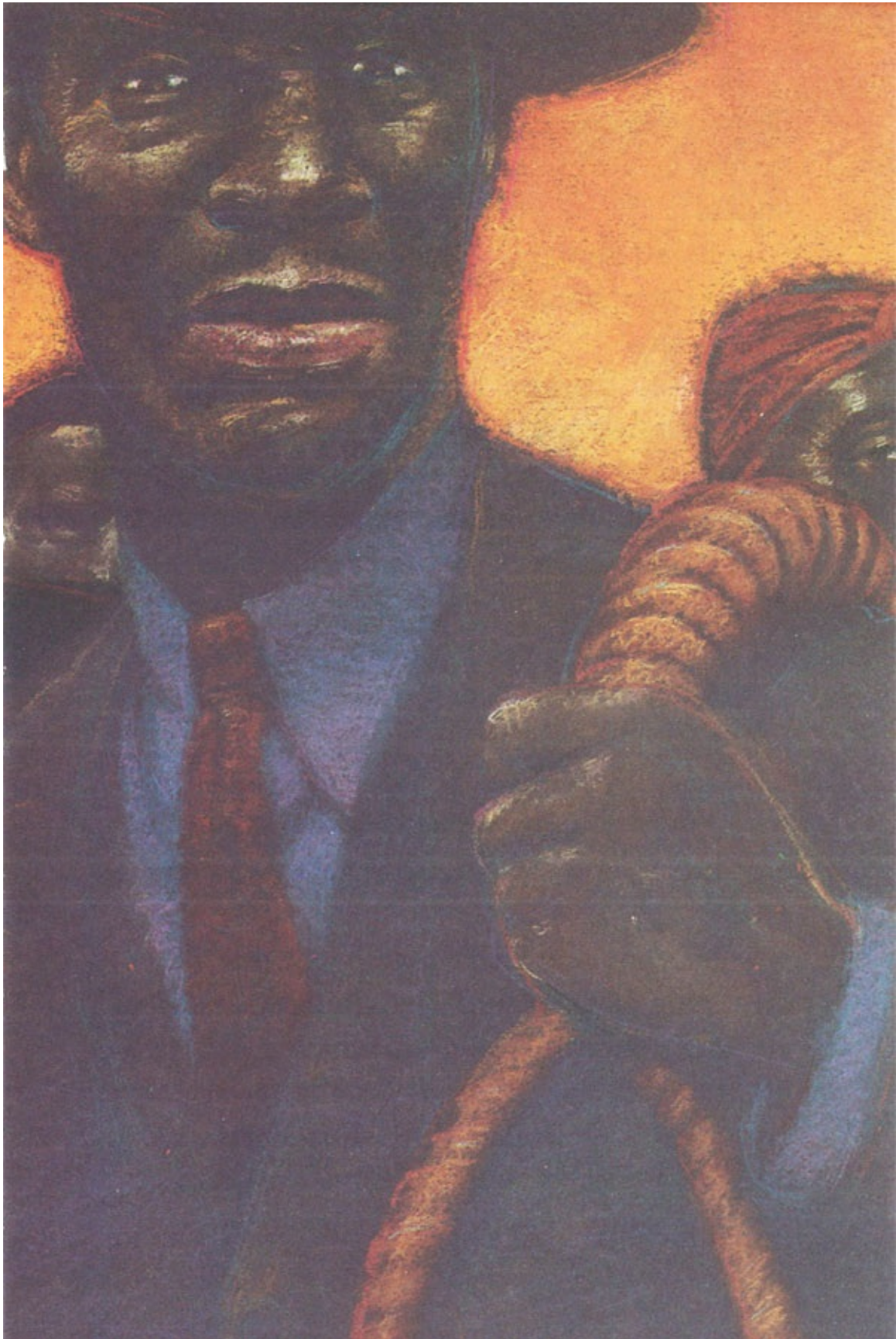
—Y ahora, veamos —declaró él—. Ah, sí. Vamos a establecer una ley: nada de matrimonios interraciales.

—Muy bien —dijo mucha gente.

—Todos los limpiabotas dejarán de hacer eso hoy mismo.

—¡Ahora mismo! —algunos hombres se desprendieron de los trapos que habían traído, de lo excitados que estaban, desde la ciudad.





- Estableceremos una ley de sueldos mínimos, ¿os parece?
- ¡Claro!
- A los blancos les pagaremos menos de diez centavos por hora.
- ¡Muy bien!

El alcalde de la ciudad se acercó corriendo.

—¡Un momento, Willie Johnson! ¡Bájate de ese cajón!

—Alcalde, no pienso hacer nada de eso.

—Estás revolucionando a la gente, Willie Johnson.

—La idea es esa.

—Es lo que de niño odiaste siempre. ¡No eres mejor que esos blancos de los que tanto gritas!

—Se trata del otro zapato, alcalde, y del otro pie —dijo Willie sin siquiera mirar al alcalde, contemplando únicamente las caras que tenía debajo, algunas de ellas sonriendo, otras llenas de dudas, otras desconcertadas, y otras disgustadas y apartándose, asustadas.

—Lo lamentarás —dijo el alcalde.

—Celebraremos elecciones y elegiremos un alcalde nuevo —dijo Willie. Y lanzó una mirada a la ciudad, en cuyas calles estaban colgando carteles recién pintados de *Reservado el derecho de admisión: en cualquier momento se puede limitar el derecho a servir a un cliente*.

Sonrió y dio una palmada. ¡Señor, Señor! Y detenían los tranvías y pintaban las zonas de blanco y negro, para señalar a sus futuros ocupantes. Y estaban invadiendo los cines, y hombres que sonreían entre dientes separaban unas cuantas filas con cuerdas, mientras sus mujeres esperaban con miradas interrogantes en los bordillos de las aceras, y a los niños los encerraban a toda prisa en las casas para que se mantuvieran al margen en aquellos momentos terribles.

—¿Estáis todos preparados? —gritó Willie Johnson, con una soga en la mano que tenía el nudo corredizo hecho.

—¡Preparados! —gritó la mitad de la multitud reunida. La otra mitad murmuró y se removió como las figuras de una pesadilla en la que no querían participar.

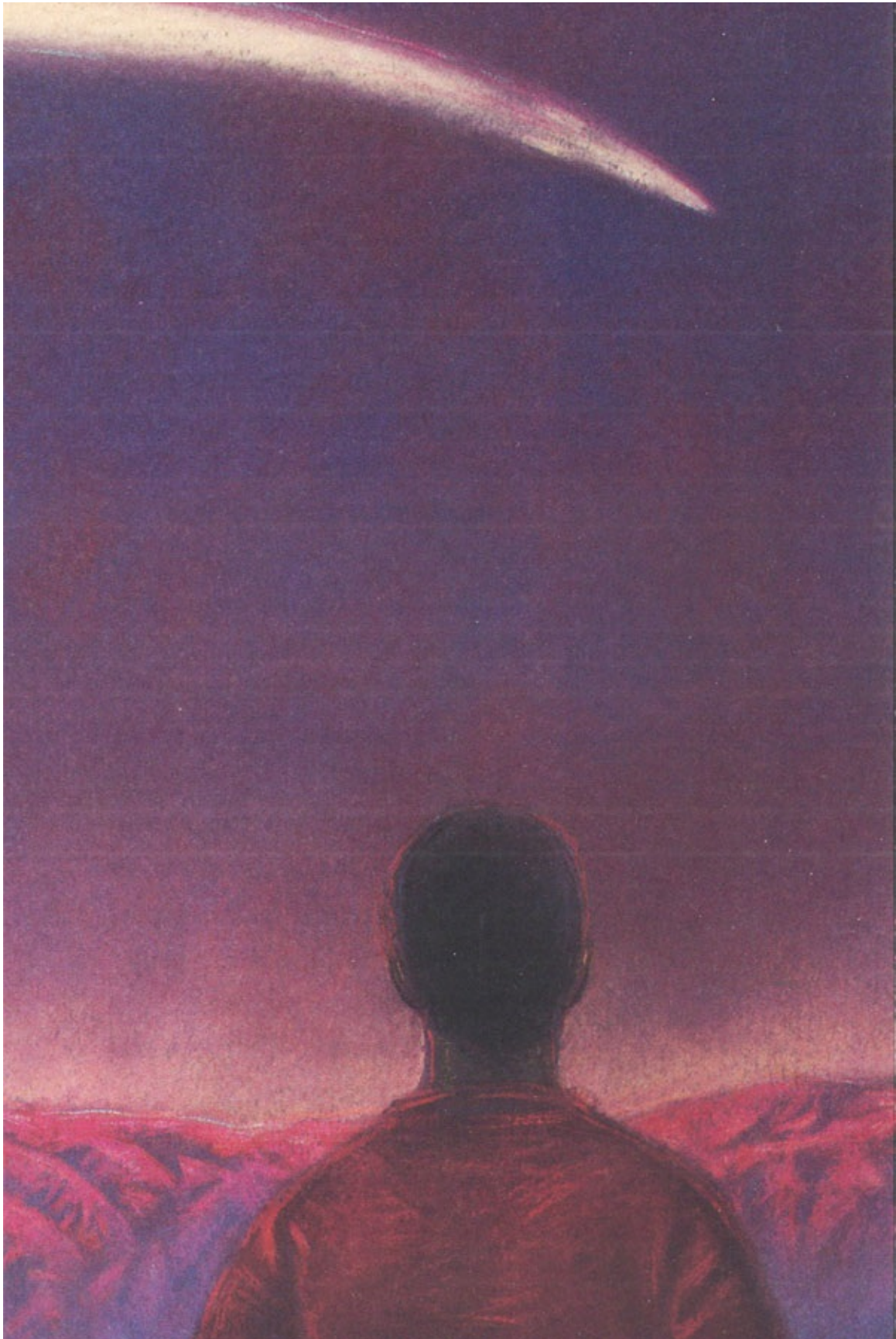
—¡Aquí llega! —gritó un muchacho.

Como marionetas sujetas por una misma cuerda, las cabezas de todos los presentes se volvieron hacia arriba.

Allá, en el hermoso cielo, un cohete soltaba una estela de fuego color naranja. Giró y bajó, haciendo que todos se quedaran boquiabiertos. Aterrizó, y al hacerlo prendió fuego en varios puntos. Luego el fuego se apagó, el cohete se mantuvo quieto durante un momento, y después, mientras la silenciosa multitud miraba, en una gran puerta del costado de la nave sonó una especie de siseo, como si el aparato exhalase oxígeno; la puerta se corrió y se apeó un anciano.

—Un blanco, un blanco, un blanco... —las palabras circulaban entre la expectante multitud, los niños se hablaban unos al oído de otros, las palabras se movían en oleadas hasta donde alcanzaba la gente y los tranvías se detenían bajo la luz del sol, mientras el olor a pintura salía por sus ventanillas abiertas. Por fin, los susurros se fueron apagando hasta desaparecer del todo.

Nadie se movía.



El blanco era alto y estaba muy tieso, pero había una profunda fatiga en su cara. No se había afeitado en todo el día, y sus ojos eran incoloros: casi blancos y casi ciegos debido a las cosas que había visto en los años anteriores. Era delgado como un arbusto en invierno. Le temblaban las manos y tuvo que apoyarse



en la puerta de la nave mientras miraba a la multitud.

Alargó la mano, pero tuvo que retirarla.

Nadie se había movido.

Bajó la vista hacia aquellos rostros, y quizá viera algo, aunque no las armas y las cuerdas, y quizá oliera la pintura. Nadie le preguntaba nada.

Empezó a hablar.

Al principio lo hizo con mucha tranquilidad y lentitud, esperando que no le interrumpieran; y nadie le interrumpió, y su voz sonaba muy cansada y vieja.

—No importa quién soy —dijo—. En cualquier caso, para ustedes sólo sería un nombre más. Tampoco yo sé cómo se llaman ustedes. Eso llegará más tarde —hizo una pausa, cerró los ojos durante un momento y luego continuó—: Hace veinte años dejaron ustedes la Tierra. Parece que ha sido hace más de veinte siglos, por las muchas cosas que han pasado. Después de que ustedes se fueran, estalló la guerra —asintió lentamente con la cabeza—. Sí, la más *grande*. La Tercera. Duró mucho tiempo. Hasta el año pasado. Bombardeamos todas las ciudades del mundo. Destruimos Nueva York y Londres y Moscú y París y Shangai y Bombay y Alejandría. Lo destrozamos todo. Y cuando terminamos con las ciudades grandes, nos dedicamos a las pequeñas y lanzamos bombas atómicas y arrasamos las poblaciones.

A continuación se puso a pronunciar los nombres de ciudades y lugares, de calles, y mientras los pronunciaba, se alzaba un murmullo entre los que le oían.

—Destruimos Natchez...

Un murmullo.

—Y Columbus, Georgia...

Otro murmullo.

—Incendiamos Nueva Orleans...

Un suspiro.

—Y Atlanta...

Otro más.

—Y de Greenwater, Alabama, no quedó nada.

Willie Johnson alargó el cuello y se le abrió la boca. Hattie vio el gesto.

—No quedó nada —repitió el anciano en el aeropuerto, hablando lentamente—. Ardieron los campos de algodón.

—¡Oh! —dijo alguien.

—Bombardeamos los depósitos de algodón...

—¡Oh!

—Y las fábricas, radiactivas; todo radiactivo. Todas las carreteras y las granjas y los alimentos, radiactivos. Todo —siguió diciendo más nombres de ciudades y pueblos—: Tampa.

—Ésa era mi ciudad —susurró alguien.

—Fulton.

—Y esa la mía —dijo otro.

—Memphis.

—Memphis. ¿Quemaron Memphis? —dijo una voz asombrada.

—Memphis saltó por los aires.

—¿La calle *Cuarta* de Memphis?

—Todo —dijo el anciano.

Aquello les inquietaba. Al cabo de veinte años volvía a ellos. Las ciudades y los lugares, las calles y los edificios de ladrillo, los rótulos y las iglesias, y las tiendas tan conocidas; todo aquello salía a la superficie entre la multitud reunida. Cada nombre activaba recuerdos, y ninguno de los presentes dejaba de tener añoranzas de otros tiempos. Todos eran lo bastante mayores para eso, exceptuados los niños.

—Laredo.

—Me acuerdo de Laredo.

—Nueva York.

—Yo tuve una tienda en Harlem.

—Harlem fue bombardeado.

Las espantosas palabras. Los lugares familiares, recordados. Los esfuerzos por imaginar todos aquellos sitios en ruinas.

Willie Johnson murmuró unas palabras:

—Greenwater, Alabama. Es donde yo nací. Lo recuerdo.

—Desaparecida. Todo ha desaparecido —dijo el hombre. Luego continuó—: De modo que lo destruimos todo y lo derruimos todo, como los locos que éramos y los locos que somos. Matamos a millones de personas. No creo que en el mundo queden más de quinientas mil personas. Y de entre todas las ruinas conseguimos reunir el metal suficiente para construir este cohete, y venimos a Marte en él en busca de su ayuda.

Dudó y paseó la vista entre los rostros de debajo para ver lo que descubría en ellos. Se sentía inseguro.

Hattie Johnson notaba tenso el brazo de su marido, veía que sus dedos apretaban la cuerda.

—Hemos sido unos locos —dijo el anciano con tranquilidad—. Hemos destrozado la Tierra y la civilización. Ninguna de las ciudades merece salvarse... Serán radiactivas durante un siglo. La Tierra ha terminado para siempre. Su historia se ha agotado. Ustedes tienen cohetes aquí que durante estos veinte años nunca han intentado utilizar para volver a la Tierra. Ahora vengo a pedirles que los utilicen. Para que vengán a la Tierra, recojan a los supervivientes y los traigan de vuelta a Marte.

Para que nos ayuden a seguir. Hemos sido unos estúpidos. Admitimos ante Dios nuestra estupidez y nuestra maldad. Todos, los chinos y los hindúes y los rusos y los británicos y los norteamericanos. Les pedimos que nos traigan aquí. En Marte hay tierra de sobra para todos; es una buena tierra... He visto sus campos desde arriba. Vendremos y trabajaremos para ustedes. Sí, haremos incluso eso. Merecemos todo lo que nos quieran hacer, pero no nos abandonen. Ya no les podemos obligar. Si quieren, vuelvo a mi nave y regreso, y ahí se terminará todo. No les volveremos a molestar. Pero vendremos aquí y trabajaremos para ustedes... Cuidaremos de sus casas, les prepararemos la comida, les limpiaremos los zapatos, y nos humillaremos ante Dios por las cosas que nos hemos hecho durante siglos a nosotros, a los demás, a ustedes.

Había terminado.

Hubo un gran silencio. Un silencio que se podía tocar y que caía sobre la multitud con tanta presión como una tormenta. Los largos brazos de los presentes colgaban como péndulos oscuros bajo la luz del sol, y sus ojos se clavaban en el anciano, que ya no se movía, sólo esperaba.

Willie Johnson seguía con la sogá en la mano. Los de su alrededor le miraban para ver lo que hacía. Su mujer, Hattie, asiendo su brazo, esperaba también.

Ella quería alcanzar el odio que los dominaba a todos, hacer palanca en él hasta encontrar una leve grieta, y luego arrancar una piedra o un ladrillo, y después, parte del muro, y una vez que hubiera empezado, todo el edificio se vendría abajo y desaparecería. Ya se tambaleaba. Pero ¿cuál era la piedra angular, y cómo llegar a ella? ¿Cómo influir en los presentes y conseguir que se iniciara en todos algo que terminara con su odio?

Miró a Willie, allí, en el intenso silencio, y de repente se dio cuenta de que él era la piedra angular; de repente comprendió que si podía hacer palanca en él, entonces el odio de los demás se soltaría y se vendría abajo.

—Señor... —dijo un paso hacia adelante. Ni siquiera sabía cuáles eran las primeras palabras que iba a decir. La multitud clavó los ojos en la espalda de Hattie; esta notaba que la estaban mirando—. Señor...

El hombre se volvió hacia ella con una sonrisa cansada.

—Señor —dijo Hattie—, ¿conoce usted Knockwood Hill, en Greenwater, Alabama?

El anciano habló por encima del hombro a alguien del interior de la nave. Un momento después, le entregaron un plano fotográfico y el hombre lo mantuvo en la mano, esperando.

—¿Conoce usted el gran roble de la cima de la colina, señor?

El gran roble. El sitio donde habían matado a tiros al padre de Willie y, luego, lo habían ahorcado, y así lo encontraron: colgado en el viento de la mañana.

—Sí.

—¿Todavía sigue allí? —preguntó Hattie.

—Ha desaparecido —respondió el anciano—. Bombardeado. La colina entera ha

desaparecido, y también el roble. ¿Lo ve? —tocó la fotografía.

—Deje que vea eso —dijo Willie, dando un salto hacia adelante y mirando el plano.

Hattie le guiñó el ojo al blanco, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Hábleme de Greenwater —dijo ella rápidamente.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué es del doctor Phillips? ¿Todavía sigue vivo?

Una máquina en el interior del cohete tintineó buscando la información...

—Murió en la guerra.

—¿Y su hijo?

—Muerto.

—¿Y qué fue de su casa?

—Ardió. Lo mismo que todas las demás casas...

—¿Y qué fue de aquel otro árbol tan grande de Knockwood Hill?

—Todos los árboles... ardieron.

—¿Ardió también ese árbol? ¿Está usted seguro? —preguntó Willie.

—Sí.

El cuerpo de Willie se distendió un poco.

—¿Y qué fue del señor Burton y de su casa?

—No quedó ninguna casa, ninguna persona.

—¿Conoce usted el lavadero de la señora Johnson, la casa de mi madre?

El sitio donde la habían matado a tiros.

—También ha desaparecido. Ha desaparecido todo. Aquí tiene las fotos, usted mismo lo puede ver.

Las imágenes estaban allí para que las cogieran y las miraran y pensarán en ellas. El cohete estaba lleno de imágenes y respuestas a preguntas. Cualquier ciudad, cualquier edificio, cualquier lugar.

Willie seguía quieto con la soga en las manos.

Se estaba acordando de la Tierra, de la verde Tierra y de la verde ciudad donde había nacido y se había criado, y pensaba en que aquella ciudad estaba hecha migas, destrozada, arrasada y dispersada, y todos los acontecimientos importantes se habían evaporado con ella: todo lo que supuesta o realmente era malo, dispersado; todos los hombres malvados, desaparecidos, y los establos, los herreros, las tiendas de chucherías, los despachos de refrescos, las desmotadoras, los puentes de los ríos, los árboles del linchamiento, las colinas cubiertas de zarzas, las carreteras, las vacas, las mimosas, y también su propia casa lo mismo que aquellas grandes mansiones próximas al largo río, aquellos depósitos de cadáveres blancos con unas mujeres tan delicadas como mariposas de la polilla que revoloteaban a la luz de agosto, distantes, muy alejadas. Aquellas casas donde se balanceaban los hombres insensibles, con vasos en las manos, fusiles apoyados en los pilares del porche, oliendo el aire del otoño y pensando en matar a alguien. Desaparecido, todo desaparecido; y ya nunca

volvería. Sin duda, toda aquella civilización convertida en confeti y restos dispersos a sus pies. Nada, no quedaba nada que odiar: ni un casquillo vacío de fusil, ni una hoja retorcida, ni un árbol, ni siquiera una colina que odiar. Nada, excepto unas personas extrañas dentro de un cohete, unas personas que le podrían limpiar los zapatos y subirse en las plataformas de los tranvías, o sentarse al fondo del todo en los cines...

—No tiene que hacer eso —dijo Willie Johnson.

Hattie miró las grandes manos de su marido.

Estaba abriendo los dedos.

La soga, suelta, cayó y se enroscó sobre sí misma en el suelo.

Corrieron por las calles de su ciudad y borraron los carteles nuevos que tan rápidamente habían hecho, y tacharon los rótulos amarillos recién pintados en los tranvías, y quitaron las cuerdas de los anfiteatros de los cines, y descargaron sus armas y guardaron sus sogas.

—Empezaremos todos de nuevo —dijo Hattie, camino de casa en su coche.

—Sí —dijo Willie por fin—. El Señor ha permitido que hayamos seguido a flote, unos aquí y otros allí. Y lo que venga después nos afectará a todos. El tiempo de ser locos se ha terminado. Tenemos que ser algo, pero no locos. Lo he comprendido cuando ese hombre ha hablado. Entonces he comprendido que los blancos están tan solos como nosotros lo hemos estado siempre. Ahora no tienen hogar, igual que nosotros no lo tuvimos durante tanto tiempo. Ahora todo está equilibrado. Podemos empezar todo de nuevo, y al mismo nivel.

Detuvo el coche y se quedó sentado, sin moverse, mientras Hattie iba a abrir a los niños. Éstos corrieron a ver a su padre.

—¿Has visto al blanco? ¿Lo has visto? —gritaron.

—Así es —dijo Willie, sentado al volante, pasándose los dedos por la cara—. Es como si hoy hubiera visto por primera vez de verdad a un blanco... De verdad lo he visto con claridad.



LA BRUJA DE ABRIL

EN el aire, sobre los valles, bajo las estrellas, por encima de un río, de un estanque, de una carretera, volaba Cecy. Invisible como los vientos nuevos de primavera, fresca como el aliento del trébol alzándose de los campos en el crepúsculo, volaba. Se elevaba como una paloma, suave igual que el blanco armiño, se detenía en los árboles y vivía en las flores, bañándose con pétalos cuando soplaba la brisa. Se posaba como una rana verde lima, fría como la menta, junto a un charco brillante. Trotaba como un perro peludo y ladraba al oír ecos desde los lejanos graneros. Vivía en la nueva hierba de abril, en los dulces líquidos claros que manaban de la tierra con olor a almizcle.

«Es primavera —pensó Cecy—. Esta noche estaré en todas las cosas vivas del mundo».

Ora habitaba limpios grillos de las carreteras con estanques de alquitrán, ora era el rocío de una cancela de hierro. La suya era una mente fácilmente adaptable que fluía invisible con los vientos de Illinois aquella precisa tarde de su vida en que tenía diecisiete años.

—Quiero enamorarme —dijo.

Lo dijo durante la cena. Y sus padres abrieron mucho los ojos y se pusieron tiesos en sus sillas.

—Paciencia —fue su consejo—. Recuerda que eres especial. Toda nuestra familia es rara y especial. No nos podemos mezclar ni casar con personas corrientes. Si lo hacemos, perderíamos nuestros poderes mágicos. Y no querrás perder tu capacidad para «viajar» mágicamente, ¿verdad? Por tanto, ten cuidado. ¡Ten cuidado!

Pero en su dormitorio, Cecy se dio un toque de perfume en el cuello, estirándose, temblorosa y aprensiva, en su cama con dosel, mientras una luna color de leche se alzaba sobre el campo de Illinois, convirtiendo los ríos en nata y las carreteras en platino.



—Sí —dijo suspirando—. Pertenezco a una familia rara. Dormimos de día y volamos de noche como milanos negros en el viento. Si queremos, podemos dormir como topos todo el invierno, dentro de la tierra cálida. Puedo vivir en cualquier cosa: una piedra, una planta de azafrán, una mantis religiosa... Puedo abandonar mi cuerpo

sin atractivo, huesudo, y mandar la mente lejos en busca de aventuras. ¡Ahora!

El viento la llevó lejos sobre campos y praderas.

Vio las cálidas luces de las casas de campo y las granjas, que brillaban con los colores del crepúsculo.

«Si no me puedo enamorar por mí misma, porque carezco de atractivo y soy rara, entonces me enamoraré por medio de otra persona», pensó.

En las cercanías de una granja, aquella noche primaveral, una chica de pelo oscuro, de no más de diecinueve años, sacaba agua de un profundo pozo de piedra. Cantaba.

Cecy cayó —una hoja verde— al pozo. Allí quedó tumbada entre el suave verdín, contemplando a través de la fresca oscuridad. Después se convirtió en una ondulante e invisible ameba. ¡Luego, en una gota de agua! Por fin, dentro de una copa escarchada, notó que la levantaban hasta los labios cálidos de la muchacha. Los sorbos hicieron un suave sonido nocturno.

Cecy miró a través de los ojos de la chica.

Entró en su oscura cabeza y miró a través de aquellos brillantes ojos las manos que tiraban de la áspera cuerda. Escuchó por los pabellones auditivos el mundo de aquella chica. Olió un mundo concreto por aquella deliciosa nariz, notó los latidos de aquel corazón especial. Notó que la extraña lengua se movía al cantar.

«¿Sabe que estoy aquí?», se preguntó Cecy.

La chica jadeó. Contempló fijamente las praderas nocturnas.

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

—Es sólo el viento —susurró Cecy.

—Sólo el viento —la chica se rió, pero tuvo un estremecimiento.

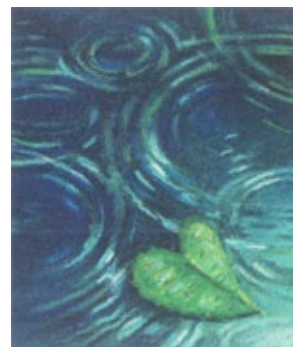
Era un buen cuerpo, el de aquella joven. Sus huesos marfileños, finos y delicados, estaban recubiertos de carne. Su cerebro era como una rosa de té, colgando en la oscuridad, y había sabor a sidra en su boca. Los labios descansaban firmes sobre los blancos dientes, las cejas se enarcaban limpiamente ante el mundo, y el cabello se agitaba suave y delicado sobre su lechoso cuello. Los poros, pequeños y cerrados. La nariz, alzada hacia la luna. Las mejillas brillaban como pequeñas hogueras. El cuerpo se balanceaba con los movimientos de una pluma, de un lado a otro, y siempre parecía estar cantando para sí mismo. Estar en aquel cuerpo, aquella cabeza, era como disfrutar del fuego de un corazón, vivir en el ronroneo de un gato dormido, moverse en las cálidas aguas de un arroyo que fluían de noche hacia el mar.

«Me gustará estar aquí», pensó Cecy.

—¿Qué? —preguntó la chica, como si hubiera oído una voz.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Cecy con cuidado.

—Ann Leary —la chica se crispó—. ¿Por qué he tenido que decir eso en voz



alta?

—Ann, Ann —susurró Cecy—. Ann, te vas a enamorar.

Como si fuera una respuesta a esto, un gran estruendo llegó de la carretera: un girar de ruedas por la grava. Un hombre alto conducía un carro, sujetando las riendas con sus monstruosos brazos. Su sonrisa resplandeció desde el otro lado del patio.

—¡Ann!

—¿Eres tú, Tom?

—¿Y quién si no? —saltando del carro, el joven ató las riendas a la cerca.

—¡No estoy hablando contigo! —Ann se dio la vuelta, el cubo se le balanceó en las manos.

—¡No! —gritó Cecy.

Ann se quedó inmóvil. Miró las colinas y las primeras estrellas. Clavó sus ojos en el hombre que se llamaba Tom. Cecy hizo que derramara el cubo.

—¡Mira lo que has hecho!

Tom se acercó corriendo.

—¡Mira lo que me has *hecho* que haga!

Él secó sus zapatos con un pañuelo, riendo.

—¡Largo! —Ann dio patadas a las manos de Tom, pero este se volvió a reír, y mirándolo desde allá abajo, a kilómetros de distancia, Cecy vio la curva de su cabeza, el tamaño de su cráneo, el brillo de sus ojos, la circunferencia de sus hombros, y la gran fuerza de sus manos cuando tan delicadamente utilizaba el pañuelo. Atisbando desde el secreto desván de aquella encantadora cabeza, Cecy dio un tirón al oculto cable de un muñeco de ventrílocuo, y la hermosa boca soltó:

—¡Gracias!

—Vaya, ahora eres educada —el olor a cuero en sus manos, el olor a caballo de su ropa que impregnaba la delicada nariz de Ann. Cecy, lejos, muy lejos, más allá de las praderas y los floridos campos de la noche, se agitó en su cama como si soñara.

—¡No contigo! —dijo Ann.

—¡Chis! Habla con amabilidad —dijo Cecy, e hizo que las manos de Ann se movieran hacia la cabeza de Tom, pero ella las apartó de nuevo.

—¡Me estoy volviendo loca!

—Desde luego —Tom asintió con la cabeza, sonriendo desconcertado—. ¿No me ibas a tocar?

—No lo sé. ¡Oh, vete! —las mejillas de la chica brillaban como carbones encendidos color rosa.

—¿Por qué no te marchas? Yo no te lo impido —Tom se levantó—. ¿Has cambiado de idea? ¿Quieres venir conmigo al baile esta noche? Es algo especial. Luego te diré por qué.

—No —dijo Ann.

—¡Sí! —dijo Cecy—. Nunca he bailado. Y quiero bailar. Nunca me he puesto un vestido largo que haga frufú. Y me apetece ponérmelo. Quiero bailar la noche entera.

No sé cómo es ser una mujer, bailar; padre y madre nunca me dejarían. He conocido perros, gatos, langostas, hojas y todas las demás cosas del mundo, pero nunca a una mujer en primavera, nunca en una noche como esta. Oh, por favor... ¡*tenemos* que ir a ese baile!

Estiró sus pensamientos como los dedos de la mano dentro de un guante nuevo.

—Sí —dijo Ann Leary—. Iré. No sé por qué, pero iré al baile contigo, Tom.

—¡Y ahora dentro, rápido! —gritó Cecy—. Te tienes que arreglar, decírselo a tu familia, preparar el vestido, plancharlo.

—Madre —dijo Ann—. He cambiado de idea.

EL carro se alejó con su tiro galopando carretera abajo, las habitaciones de la granja adquirieron una súbita vida, el agua hervía para el baño, en el fogón se calentaba una plancha para alisar el vestido, la madre se apresuraba con unas horquillas en la boca.

—¿Qué es lo que te ha pasado, Ann? ¡A ti no te gusta Tom!

—Es cierto —Ann se detuvo en pleno movimiento enfebrecido.

«¡Pero es primavera!», pensó Cecy.

—Es primavera —dijo Ann.

«Y es una noche estupenda para bailar», pensó Cecy.

—... para bailar —murmuró Ann Leary.

Luego se metió en la bañera y la espuma cubrió sus blancos hombros y formó pequeños nidos de jabón debajo de sus brazos, y la carne de sus cálidos pechos se agitaba entre sus manos, y Cecy le movía la boca haciéndola sonreír, manteniéndola en acción. No debía haber ni una pausa, ni una duda, ¡o toda la pantomima se vendría abajo! Ann Leary debía continuar en movimiento, lavándose aquí, enjabonándose allí, ¡y ahora fuera! ¡A frotarse con la toalla! Luego, ¡el perfume, los polvos!

—¡Oye! —Ann se vio en el espejo, toda blancura y rubor, como las azucenas y los claveles—. ¿Quién eres esta noche?

—Soy una chica de diecisiete años —Cecy miraba desde sus ojos violeta—. No me puedes ver. ¿Te das cuenta de que estoy aquí?

Ann Leary negó con la cabeza.

—He alquilado mi cuerpo a una bruja de abril, sin duda.

—Caliente, caliente —se rió Cecy—. Y ahora, continúa vistiéndote.

El placer de sentir ropa buena sobre su cuerpo. Y luego, la voz afuera:

—¡Ann, Tom está de vuelta!

—Dile que espere —y de pronto Ann se sentó—. Dile que no voy a ir a ese baile.

—¿Qué? —preguntó su madre desde la puerta.

Cecy volvió a estar atenta. Había sido una distracción fatal, un momento fatal en el que se había olvidado del cuerpo de Ann, sólo un instante. Había oído un lejano ruido de cascos de caballos y el carro avanzando por el

campo primaveral bajo la luz de la luna. Durante un segundo pensó: «Iré a reunirme con Tom y me instalaré dentro de su cabeza para ver lo que es ser un hombre de veintidós años en una noche como esta». Y por eso había empezado a atravesar un campo de brezos; pero ahora, como un pájaro enjaulado, volvía volando y susurraba y latía en torno a la cabeza de Ann.

—¡Ann!

—¡Dile que se vaya!

—¡Ann! —Cecy se asentó y desplegó sus pensamientos. Pero Ann ahora dominaba plenamente su boca.

—¡No, no, le odio!

«No debería haberme alejado... ni siquiera durante un momento». Cecy derramó su mente en las manos de la chica, en el corazón, dentro de la cabeza, suave, muy suavemente. «Levántate», pensó.

Ann se levantó.

«¡Ponte la chaqueta!»

Ann se puso la chaqueta.

«¡Y ahora, en marcha!»

«¡No!», pensó Ann Leary.

«¡En marcha!»

—Ann —dijo su madre—, no tengas esperando a Tom ni un minuto más. Ven aquí inmediatamente y no seas absurda. ¿Qué te pasa?

—Nada, madre. Buenas noches. Volveré tarde.

Ann y Cecy corrieron juntas hacia la noche de primavera.



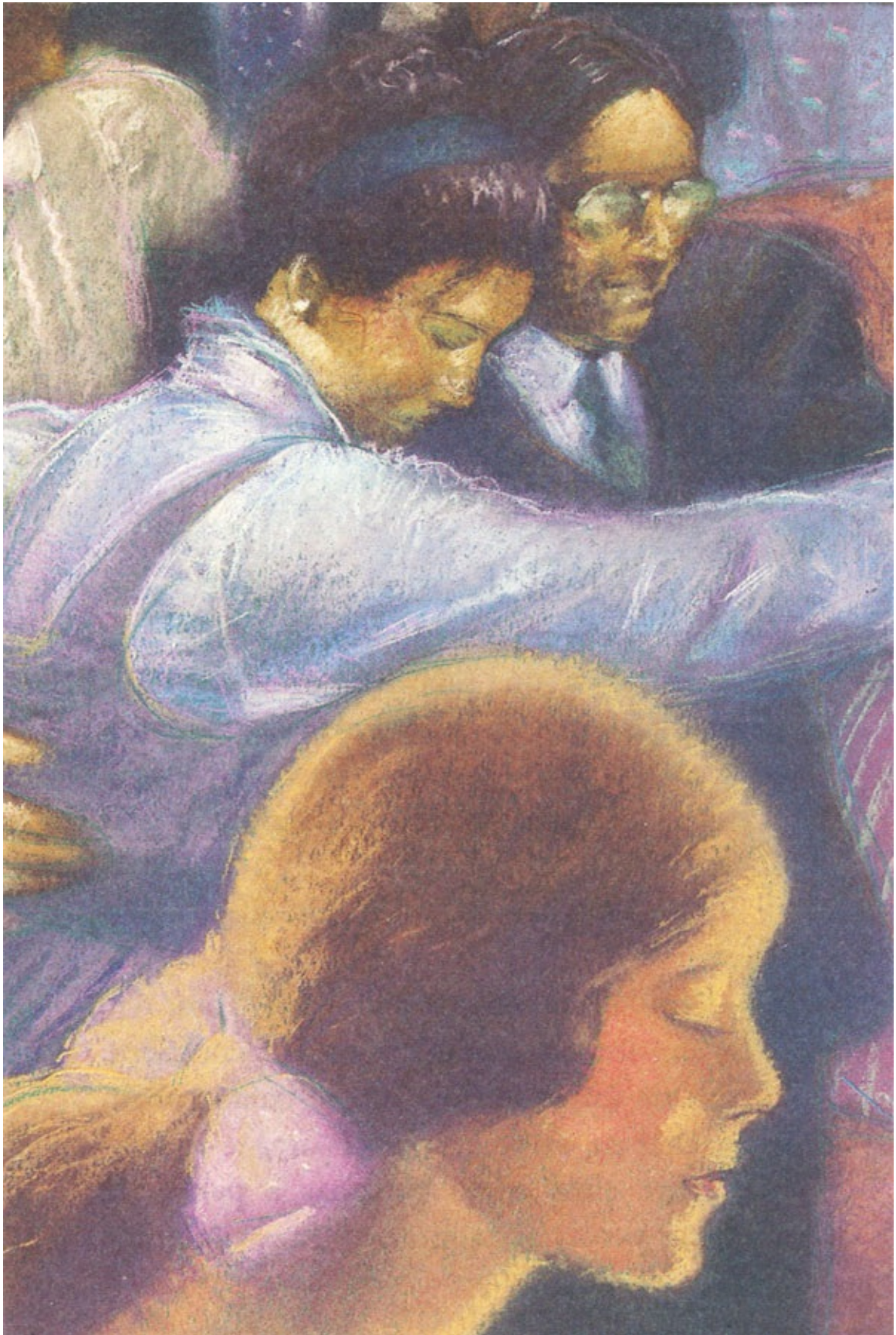
UNA sala llena de palomas bailando suavemente, agitando sus plumas, una sala llena de pavos reales, una sala llena de ojos y luces como el arco iris. Y en el centro, dando vueltas y más vueltas, bailaba Ann Leary.

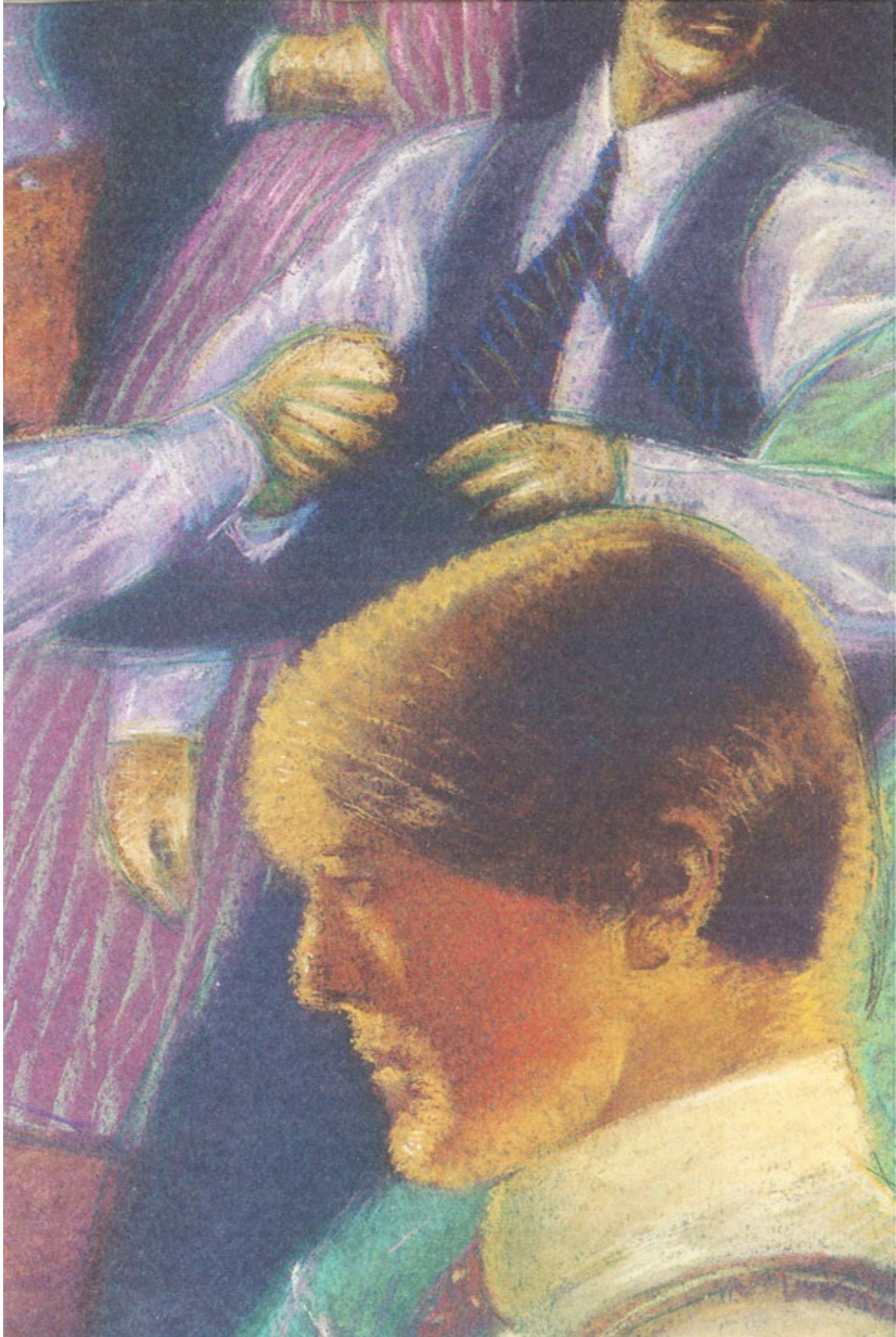
—¡Oh, es una noche encantadora! —dijo Cecy.

—¡Oh, es una noche encantadora! —dijo Ann.

—Eres realmente singular —dijo Tom.

La música los empujaba en la penumbra, en ríos de canción; flotaban, se balanceaban, se agachaban, saltaban por el aire, se agarraban entre ellos como personas a punto de ahogarse y volvían a girar, con movimientos de ventilador, entre susurros y suspiros, al compás de la melodía *Hermoso Ohio*.





Cecy tarareaba la canción. Los labios de Ann se abrieron y salió música de ellos.
—Sí, soy singular —dijo Cecy.
—No eres la misma de siempre —dijo Tom.
—No, esta noche no.

—No eres la Ann Leary que yo conocía.

—No, no lo soy en absoluto —susurró Cecy, a kilómetros y kilómetros de distancia—, No, en absoluto —dijeron los labios.

—Siento cosas raras —dijo Tom.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a ti —la sujetaba por la espalda y bailaba con ella y escrutaba su rostro resplandeciente, intentando descubrir algo.

—¿Me ves? —preguntó Cecy.

—Parte de ti está aquí, Ann, y parte de ti no está —Tom la hacía girar con delicadeza, mirándola con una expresión inquieta en su rostro.

—Sí.

—¿Por qué has venido conmigo?

—Yo no quería venir —respondió Ann.

—Entonces, ¿por qué?

—Me obligó algo.

—¿Qué?

—No lo sé —la voz de Ann tenía un toque histérico.

—Calla, calla —susurró Cecy—. Calla, eso es. Da vueltas, da vueltas.

Susurraban y hacían frufnú, iban y venían en la sala a oscuras, la música los obligaba a moverse y a girar.

—Pero has venido al baile —dijo Tom.

—Lo he hecho —dijo Cecy.

—Vamos —y él la llevó bailando hasta una puerta abierta y salieron lentamente de la sala y se alejaron de la música y de la gente.

Se subieron al carro y se sentaron juntos.

—Ann —dijo Tom cogiéndole las manos, tembloroso—. Ann —por el modo como lo pronunció, era como si no fuera su nombre. No dejaba de mirar su pálido rostro; ahora ella tenía de nuevo los ojos muy abiertos—. Te quiero, ya lo sabes —siguió él.

—Lo sé.

—Pero siempre te has mostrado inconstante y no quería resultar herido.

—Es que somos demasiado jóvenes —dijo Ann.

—No, lo que quería decir es que lo siento —dijo Cecy.

—¿Qué *quieres* decir? —Tom soltó la mano de Ann y se puso rígido.

La noche era templada, el olor de la tierra se alzaba en torno a ellos, y el aliento de los frescos árboles hacía que las hojas se rozaran unas contra otras.

—No lo sé —respondió Ann.

—Oh, pero yo sí lo sé —dijo Cecy—. Eres alto y eres el hombre más guapo del mundo. Esta noche es maravillosa; es una noche que recordaré siempre, porque estoy contigo —empujó la extraña y fría mano de la joven al encuentro de la algo reacia de Tom y la calentó y la mantuvo apretada con fuerza.

—Sin embargo —dijo Tom pestañeando—, esta noche tú estás aquí, y estás allí. Durante un momento de un modo, y al momento siguiente de otro. Yo quería traerte esta noche al baile en recuerdo de los viejos tiempos. No lo sabía cuando te lo pedí por primera vez. Sin embargo, antes, cuando estábamos junto al pozo, he notado que algo había cambiado, cambiado de verdad, en ti. Eres diferente. Había algo nuevo y suave, algo... —buscó la palabra—. No lo sé, no puedo decirlo. El modo en que mirabas. Algo en tu voz. Y sé que nuevamente estoy enamorado de ti.

—No —dijo Cecy—. De mí, de *mí*.

—Y lo temo —continuó Tom—, Me volverás a hacer daño.

—Pudiera ser —dijo Ann.

«No, no, ¡yo te quiero con todo mi corazón! —pensó Cecy—. Ann, díselo, díselo por mí. Dile que le quieres con todo tu corazón».

Ann no dijo nada.

Tom se acercó más y puso la mano en su barbilla.

—Me marchó. Tengo un trabajo a cientos de kilómetros de aquí. ¿Me echarás de menos?

—Sí —dijeron Ann y Cecy.

—A lo mejor te puedo dar un beso de despedida.

—Sí —dijo Cecy antes de que pudiera hablar alguien más.

Tom acercó sus labios a la extraña boca. Besó la extraña boca, temblando.

Ann seguía sentada como una estatua blanca.

—¡Ann! —dijo Cecy—. ¡Mueve los brazos, *abrázale!*

Seguía sentada como una muñeca de madera a la luz de la luna.

Tom volvió a besarle los labios.

—Te quiero —susurró Cecy—. Estoy aquí, soy yo a quien ves en sus ojos, soy yo, y yo te quiero aunque ella no.

Tom se apartó y parecía un hombre que hubiese corrido una larga distancia. Seguía sentado junto a ella.

—No sé lo que está pasando, durante un momento...

—¿Qué? —preguntó Cecy.

—Durante un momento he creí... —se llevó las manos a los ojos—. No importa. Ahora te llevaré a casa.

—Por favor —dijo Ann Leary.

Tom arreó el caballo, tiró de las riendas cansinamente e hizo avanzar el carro. Se movieron a la luz de la luna en las aún tempranas once de la noche, con las brillantes praderas y los suaves campos de trébol deslizándose a su lado.

Y Cecy, mirando los campos y las praderas, pensó:

«Merecería la pena, merecería la pena lo que fuera con tal de estar con él esta noche».

Y volvió a oír las voces de sus padres:

«Ten cuidado. No querrás perder tus poderes mágicos, ¿verdad? No te cases con

un mero mortal. Ten cuidado. No puedes hacer eso».

«Sí, sí —pensó Cecy—, aunque tenga que renunciar, aquí y ahora, si él me quiere. Entonces no necesitaría andar vagando las noches de primavera, no necesitaría vivir en los pájaros y los perros y los gatos y los zorros, sólo estaría con él. Sólo con él. Sólo con él».

La carretera se deslizaba bajo ellos, susurrando.

—Tom —dijo Ann por fin.

—¿Qué? —él miraba fríamente la carretera, el caballo, los árboles, el cielo, las estrellas.

—Si en algún momento, en los próximos años, cuando quieras, pasas por Mellin Town, Illinois, a unos kilómetros de aquí, ¿querrías hacerme un favor?

—Tal vez.

—¿Harías el favor de visitar a una amiga mía? —Ann Leary dijo esto vacilando, con timidez.

—¿Por qué?

—Es una buena amiga. Le he hablado de ti. Te daré su dirección. Es sólo un momento —cuando el carro se detuvo en la granja, Ann sacó lápiz y papel de su bolso y escribió a la luz de la luna, apoyando el papel en su rodilla—. Aquí tienes. ¿Entiendes la letra?

Tom echó una ojeada al papel y asintió desconcertado con la cabeza.

—Cecy Elliott, calle del Sauce, doce, Mellin Town, Illinois —dijo él.

—¿La irás a ver algún día? —preguntó Ann.

—Algún día —dijo Tom.

—Promételo.

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros? —gritó él violentamente—. ¿Qué tengo que ver yo con papeles y nombres? —hizo una bola con el papel y se lo guardó en la chaqueta.

—Por favor, promételo —suplicó Cecy.

—... promételo —dijo Ann.

—De acuerdo, de acuerdo, y ahora deja que me marche —gritó Tom.

«Estoy cansada —pensó Cecy—. No puedo seguir aquí. Tengo que volver a casa. Me siento débil. Sólo tengo poder para estar fuera unas cuantas horas por la noche, viajando, viajando. Pero antes de que te vayas...»

—... antes de que te vayas —dijo Ann.

Besó a Tom en los labios.

—Soy yo la que te besa —dijo Cecy.

Tom se apartó de ella y miró a Ann Leary, y miró dentro, muy dentro de ella. No dijo nada, pero su cara empezó a perder tensión poco a poco, y las arrugas desaparecieron, y su boca perdió la dureza, y volvió a mirar profundamente aquella cara iluminada por la luna que tenía ante él.

Luego la ayudó a bajar del carro y, sin siquiera decir buenas noches, se alejó por

la carretera.

Cecy se tenía que ir.

Ann Leary, llorando, liberada de su prisión, o eso le parecía, corrió por el sendero iluminado por la luna, camino de su casa, y cerró de un portazo.

Cecy se entretuvo un poco más. Con los ojos de un grillo observó la noche de primavera. Con los ojos de una rana estuvo sentada un momento junto a una charca, a solas. Con los ojos de un ave nocturna miró desde un alto olmo hechizado por la luna y vio que se apagaban las luces de las granjas, una aquí, otra a kilómetros de distancia. Pensaba en sí misma y en su familia, y en su extraño poder, y en el hecho de que nadie de su familia se hubiera casado nunca con alguien que perteneciera a aquel vasto mundo que se extendía pasadas las colinas.

—¿Tom? —su debilitada mente voló como un ave nocturna por debajo de los árboles y por encima de la mostaza silvestre—. ¿Todavía tienes el papel, Tom? ¿Querrás venir a verme en algún momento, cualquier día, cualquier año de estos? ¿Me reconocerás entonces? ¿Me mirarás a la cara y recordarás dónde me viste por última vez y te darás cuenta de que me quieres como yo te quiero, con todo el corazón y para siempre?

Se detuvo en el fresco aire de la noche, a un millón de kilómetros de las ciudades y la gente, por encima de las granjas y los continentes y los ríos y las montañas.

—¿Tom? —dijo con suavidad.



Tom estaba dormido. Era ya noche profunda. Su ropa estaba colgada de una silla o doblada cuidadosamente a los pies de la cama. Y en una mano silenciosa, apoyada sobre la blanca almohada, al lado de su cabeza, tenía un trocito de papel con algo escrito. Poco a poco, poco a poco, sólo un centímetro cada vez, sus dedos se cerraron y apretó el papel con fuerza. Y ni siquiera se movió ni notó que un mirlo, suavemente, maravillosamente, golpeaba durante un momento contra la luna de los cristales de la ventana. Luego, revoloteando, se detuvo tranquilo y, después, emprendió el vuelo hacia el este, sobre la tierra dormida.

LA SIRENA DEL BARCO

ALLÍ dentro, en las frías aguas, lejos de tierra, todas las noches esperábamos la llegada de la niebla, y llegaba, y engrasábamos la maquinaria y encendíamos el faro en la parte de arriba de la torre de piedra. Sintiéndonos como dos aves en el cielo gris, McDunn y yo emitíamos aquella luz, roja, luego blanca, luego de nuevo roja, para que la vieran los barcos solitarios. Y si no veían nuestra luz, entonces siempre estaba nuestra voz, el enorme y profundo grito de la sirena del faro que, estremeciéndose entre los jirones de la bruma, sobresaltaba a las gaviotas y las dispersaba como mazos de naipes y hacía que las olas se elevaran y espumearan.

—Es una vida solitaria, pero uno se acostumbra a ella, ¿no? —preguntó McDunn.

—Sí —dije yo—. Eres un buen conversador, gracias a Dios.

—Bien, mañana es tu turno de bajar a tierra —dijo él sonriendo—, de bailar con las damas y beber ginebra.

—¿En qué piensas, McDunn, cuando te dejo aquí solo?

—En los misterios de la mar —McDunn encendió su pipa. Eran las siete y cuarto de una fría tarde de noviembre, la calefacción funcionaba, la luz enviaba sus destellos en doscientas direcciones, la sirena sonaba a intervalos en lo alto del cuello de la torre.



No había ni una ciudad en los trescientos kilómetros de costa, sólo una carretera que se abría paso solitaria a través de una región muerta hasta el mar, con unos pocos coches en ella. Aquella extensión estaba separada de nuestra roca por tres kilómetros de agua fría, y algún barco.

—Los misterios de la mar —dijo McDunn pensativamente—. ¿Sabes algo de la tormenta de nieve más endiablada de todo el océano? El mar rodaba y se hinchaba con un millar de formas y colores, no había dos iguales. Extraño. Una noche, hace años, estaba aquí solo, cuando todos los peces de la mar subieron a la superficie. Algo les hacía nadar por ahí y quedarse en la bahía. Temblaban y miraban la luz de la torre que se ponía roja, blanca, roja, blanca, por encima de ellos, de modo que yo podía ver sus curiosos ojos. Me quedé frío. Eran como una gran cola de pavo real, que se

estuvo moviendo hasta medianoche. Luego, sin un solo sonido, se marcharon; aquel millón de peces desapareció. Pensé que debían haber venido de todas partes a adorar a algo. Muy extraño. Pero imagina lo que les debe de parecer la torre, elevándose veinte metros por encima del agua, el dios de la luz que destella, y manifestándose con una voz de monstruo. Nunca volvieron por aquí aquellos peces, pero ¿no crees que durante un tiempo pensaron que estaban en presencia de un dios?

Me estremecí. Miré hacia la extensa pradera gris de la mar que se extendía hacia la nada, hacia ninguna parte.

—Bueno, la mar está llena —McDunn dio caladas nerviosas a su pipa, parpadeando. Llevaba todo el día nervioso y no había dicho por qué—. A pesar de todos nuestros ingenios y de los llamados submarinos, lo seguirá estando diez mil siglos antes de que podamos pisar el fondo auténtico de las tierras sumergidas, los reinos mágicos de allí abajo, y conozcamos el verdadero terror. Piensa en ello, allá abajo todavía es el año 300.000 antes de Cristo. Mientras nosotros desfilábamos con trompetas, alejándonos con paso largo de los siglos, ellos han estado viviendo bajo la mar a veinte kilómetros de profundidad en una época tan antigua como la estela de un cometa.

—Sí, es un mundo muy viejo.

—Ven. Tengo algo especial que llevo un tiempo queriendo contarte.

Ascendimos los ochenta escalones, hablando y hablando para matar el tiempo. Arriba del todo, McDunn apagó las luces de la habitación para que no hubiera ningún reflejo en las placas de cristal. El gran ojo de la luz zumbaba, girando con facilidad sobre el engrasado eje. La sirena sonaba regularmente, una vez cada quince segundos.

—Suenan como un animal, ¿no crees? —McDunn inclinó la cabeza como si se diera la razón—. Un enorme animal solitario que grita en la noche. Sentado aquí, al borde de un abismo de diez mil millones de años, gritando a las profundidades: «Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí». Y las profundidades responden, sí, seguro que responden. No llevas aquí ni tres meses, Johnny, conque será mejor que te prepares. Hacia esta época del año —dijo, examinando la oscuridad y la niebla—, viene algo a visitar el faro.

—¿Las bandadas de peces de las que me has hablado?

—No, se trata de otra cosa. He tardado en contártelo porque podrías pensar que estoy chiflado. Pero esta noche ya no lo puedo aplazar más, porque según lo que señalé en el calendario el año pasado, vendrá esta noche. No puedo entrar en detalles, tendrás que verlo por ti mismo. Límitate a estar ahí sentado. Si quieres, mañana podrás meter tus cosas en la bolsa de lona y subirte a la motora para ir hasta tierra y coger el coche que tienes aparcado en el sucio muelle del cabo y conducir de vuelta a una pequeña ciudad de tierra adentro y mantener las luces encendidas toda la noche. No te haré preguntas ni te culparé de nada. Ya ha pasado tres veces, una cada año, y esta es la única vez que alguien ha estado aquí conmigo para verificarlo. Espera y presta atención.

Transcurrió media hora con tan sólo unos cuantos susurros entre nosotros. Cuando nos cansamos de esperar, McDunn empezó a exponerme algunas de sus ideas. Tenía ciertas teorías sobre la sirena del faro.

—Un día, hace muchos años, un hombre se detuvo en una fría orilla sin luna, en medio del sonido del océano, y dijo: «Necesitamos una voz que llame desde el otro lado del agua, que anime a los barcos; haré una. Haré una voz igual a todo el tiempo y a toda la niebla que hayan existido jamás; haré una voz que sea como una cama vacía al lado de ti durante la noche, y como una casa vacía cuando abres la puerta, y como los árboles en otoño que no tienen hojas. Un sonido como el de los pájaros volando hacia el sur, gritando; un sonido como el viento de noviembre y el choque de la mar contra la dura orilla fría. Haré un sonido que sea tan solitario que nadie lo pueda echar en falta, que todo el que lo oiga sollozará con el alma, y los hogares se encontrarán calientes, y estar dentro de ellos les parecerá lo mejor a todos los que lo oigan en las ciudades lejanas. Haré un sonido y un aparato, y todos los que lo oigan sabrán de la tristeza de la eternidad y de la brevedad de la vida».

La sirena del faro sonó.

—He inventado esa historia —dijo McDunn tranquilamente— para tratar de explicar por qué esa cosa sigue viniendo al faro todos los años. La sirena la llama, creo, y entonces viene...

—Pero... —dije yo.



—¡Chis! —dijo McDunn—. ¡Mira! —señaló con la cabeza a las profundidades. Algo nadaba en dirección a la torre.

Era una noche fría, como he dicho. En la cúspide de la torre hacía frío, la luz iba y venía, y la sirena llamaba y llamaba entre la niebla. Apenas se divisaba nada en la distancia, pero el mar profundo avanzaba en su camino hacia la noche de la tierra, llano y silencioso, del color del barro gris. Aquí estábamos dos hombres solos en la alta torre, y allí, muy lejos, había una ondulación, seguida de una ola, una elevación, una burbuja, un poco de espuma. Y luego, en la superficie de la fría mar, asomó una cabeza, una cabeza enorme, negra, con unos ojos inmensos, y a continuación, un cuello. Y luego... no un cuerpo, sino ¡más y más cuello! La cabeza se alzó un total de doce metros por encima del agua sobre un esbelto y hermoso cuello negro. Sólo entonces apareció el cuerpo, igual que un islote negro de coral y conchas y cangrejos, que brotaba desde las profundidades. Hubo un temblor en la cola. En total, desde la cabeza a la punta de la cola, calculé que el monstruo medía unos veinticinco o treinta

metros.

No sé lo que dije. Dije algo, sin duda.

—Tranquilo, chico, tranquilo —susurró Me Dunn.

—¡Es imposible! —dije yo.

—No, Johnny, *nosotros somos* los imposibles. Eso es como ha sido siempre desde hace diez millones de años. No ha cambiado. Somos nosotros y la tierra los que hemos cambiado, volviéndonos imposibles. ¡Nosotros!

Aquello nadaba lentamente y con gran majestuosidad por las gélidas y oscuras aguas. La niebla iba y venía sobre aquello, borrando momentáneamente su forma. Uno de los ojos del monstruo recibió y despidió el reflejo de nuestra inmensa luz, roja, blanca, roja, blanca, como un disco que, mantenido en alto, enviaba un mensaje en un código primitivo. Era tan silencioso como la niebla entre la que nadaba.

—¡Es parecido a un dinosaurio! —me encogí, aferrándome a la barandilla de la escalera.

—Sí, uno de esa especie.

—Pero ¿no desaparecieron?

—No, sólo se ocultaron en las profundidades. En lo más profundo de lo más profundo de la más profunda profundidad. Ahora sólo es una palabra, Johnny, una palabra nada más, pero dice mucho: las profundidades. Hay toda la frialdad y oscuridad y profundidad del mundo en una palabra como esa.





—¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? Dedicarnos a nuestro trabajo; no nos podemos ir. Además, aquí estamos más a salvo que en cualquier barco que trate de llegar a tierra. Esa cosa es tan grande como un destructor.

—Pero ¿por qué viene *aquí*?

Al momento siguiente tuve la respuesta.

Sonó la sirena.

Y el monstruo respondió.

Llegó un grito desde un millón de años de agua y de niebla. Un grito tan angustioso y solitario que me hizo vibrar de la cabeza a los pies. El monstruo le gritaba a la torre. La sirena sonaba. El monstruo volvió a rugir. La sirena sonó de nuevo. El monstruo abrió su boca de grandes dientes y el sonido que salió de ella fue el sonido de la propia sirena del faro. Solitario y enorme y lejano. El sonido del aislamiento, de un mar sin vistas, de una noche fría, de la separación. Ése era el sonido.

—¿Sabes ya por qué viene aquí? —susurró McDunn.

Asentí con la cabeza.

—El año entero, Johnny, ese pobre monstruo está allí tumbado muy lejos, a miles de millas mar adentro, y puede que a treinta kilómetros de profundidad, esperando este momento. A lo mejor tiene un millón de años de edad, esta criatura. Piensa en ello: esperando un millón de años; tú no podrías esperar tanto. Puede que sea el último de su especie. Quizá sea así. En cualquier caso, imagínate, vinieron los hombres y construyeron este faro, hace cinco años. E instalaron esta sirena, y la sirena sonaba y sonaba y llegó hasta el sitio donde tú estabas enterrado en el sueño y los recuerdos de un mundo en el que había miles como tú, pero ahora estás solo, totalmente solo en un mundo que no está hecho para ti, por lo que te tienes que ocultar.

Pero el sonido de la sirena del faro viene y va, viene y va, y te agitas en el fondo fangoso de las profundidades, y los ojos se te abren como los objetivos de una cámara de fotos de medio metro y te mueves, despacio, despacio, porque tienes el océano encima de los hombros, y pesa. Pero esa sirena viene desde un millar de millas de agua, débil y familiar, y el horno de tu vientre está atiborrado, y empiezas a levantarte, despacio, despacio. Te alimentas de grandes bacalaos y de pececillos, de ríos de medusas, y te levantas despacio durante los meses de otoño, durante todo septiembre cuando empiezan las nieblas, todo octubre y la niebla sigue, y la sirena todavía continúa llamándote, y luego, a fines de noviembre, después de presurizarte día a día, unos metros más arriba a cada hora, estás ya cerca de la superficie y sigues vivo. Tienes que ir despacio. Si salieras a la superficie de repente, explotarías. Y después, muchos días nadando hacia las frías aguas del faro. Y ahí estás, ahí afuera, en la noche, Johnny, el monstruo mayor de la creación. Y aquí está el faro llamándote, con un cuello tan largo como tu cuello, que asoma por encima del agua, y un cuerpo como tu cuerpo y, lo más importante de todo, una voz como tu voz. ¿Entiendes ahora, Johnny, lo entiendes?

La sirena del faro sonaba.

El monstruo contestó. Yo lo veía todo, lo sabía todo: el millón de años esperando

solo, esperando a que volviera alguien que nunca volvió. El millón de años de aislamiento en el fondo del mar, la locura del tiempo allí abajo, mientras los cielos se despejaban de aves-reptiles, los pantanos se secaban en las tierras continentales y los hombres corrían como hormigas blancas sobre las colinas.

La sirena del faro sonaba.

—El año pasado —dijo McDunn—, esa criatura nadó dando vueltas por ahí, dando vueltas sin parar, la noche entera. No se acercó demasiado. Me dije que era porque se sentía desconcertada. Puede que asustada. Y un tanto enfadada después de haber hecho tanto trecho. Pero al día siguiente, inesperadamente, la niebla se levantó, salió el sol, el cielo se tornó azul como el de un cuadro. Y el monstruo se alejó nadando del calor y del silencio, y no volvió. Supongo que ha estado dándole vueltas al asunto todo el año, pensando en ello desde todos los puntos de vista.

Ahora el monstruo sólo estaba a unos cien metros de distancia, y él y la sirena se gritaban entre sí. Y la luz lo alcanzaba, y los ojos del monstruo eran de fuego y hielo, de fuego y hielo.

—Ésa es su vida —dijo McDunn—, La de quien siempre espera a alguien que nunca vuelve. La de quien siempre ama a alguien más de lo que ese alguien lo ama a él. Y al cabo de un tiempo quiere destruirlo, para que no pueda volver a hacerle daño a él.

El monstruo se dirigía rápidamente hacia la torre.

La sirena del faro sonaba.

—Vamos a ver lo que pasa —dijo McDunn.

Desconectó la sirena.

El momento de silencio que siguió fue tan intenso que oíamos nuestros corazones latiendo en la zona acristalada de la torre, oíamos incluso el girar de la luz.

El monstruo se detuvo, permaneció inmóvil. Sus ojos, como faroles, parpadearon. Su boca se abrió. Soltó una especie de rugido, como un volcán. Volvió la cabeza a uno y otro lado, como si buscara los sonidos que se habían desvanecido en la niebla. Miró hacia el faro. Volvió a soltar un rugido. Luego, sus ojos despidieron fuego. Se encabritó, golpeó el agua y se lanzó hacia la torre, con los ojos llenos de una ira atormentada.

—¡McDunn! —grité—. ¡Conecta la sirena!

McDunn accionó el interruptor. Pero, aun así, el monstruo siguió irguiéndose. Distinguí sus gigantescas garras, y una membrana escamosa, parecida a la de un pez, que brillaba entre algo así como unos dedos, que agarraban la torre. El enorme ojo del lado derecho de su angustiada cabeza brillaba ante mí como un barreño en el que yo podría ir a parar, gritando. La torre se estremeció. La sirena daba gritos; el monstruo daba gritos. Tenía asida la torre y golpeó el cristal, que se hizo añicos encima de nosotros.

McDunn me cogió del brazo.

—¡Abajo! —dijo.

La torre se balanceaba, temblaba, y empezó a ceder. La sirena y el monstruo rugían. Nos apresuramos escaleras abajo, casi resbalando.

—¡Rápido!

Llegamos al piso inferior cuando la torre se hundía sobre nosotros. Nos metimos en el pequeño cuarto de piedra que había bajo la escalera. Se produjeron un millar de impactos cuando las piedras se vinieron abajo; la sirena se interrumpió bruscamente. El monstruo arremetió contra la torre. La torre cayó. McDunn y yo seguíamos arrodillados, sujetándonos con fuerza, mientras nuestro mundo explotaba.

Luego, todo terminó, y no había más que oscuridad y el rumor de la mar al batir contra las piedras sueltas.

Eso y otro sonido.

—Escucha —dijo McDunn con calma—. Escucha.

Esperé un momento. Y entonces empecé a oírlo. Primero un enorme aspirar de aire, y luego el lamento, la perplejidad, la soledad del gigantesco monstruo se cerró sobre nosotros, de tal manera que el apestoso hedor de su cuerpo llenó el aire, a tan sólo el espesor de una piedra del cuarto donde estábamos. El monstruo boqueaba y gritaba. La torre había desaparecido. La luz había desaparecido. La cosa que había llamado al monstruo desde la distancia de millones de años en la que se encontraba había desaparecido. Y el monstruo abría la boca y emitía unos sonidos potentes. Los sonidos de la sirena del faro, una y otra vez. Las tripulaciones de los barcos, mar adentro, no verían la luz, no verían nada, sólo oirían el sonido, y eso les llevaría a pensar: «Ahí está, el sonido solitario, la sirena de la bahía de la Soledad. Todo va bien. Dobleemos el cabo».

Y así siguió durante el resto de aquella noche.

EL sol calentaba, brillante y amarillo, a la mañana siguiente cuando nuestros salvadores vinieron a sacarnos de debajo de las piedras.

—Se hundió, eso es todo —dijo McDunn seriamente—. Notamos unos golpes de las olas y se vino abajo —me pellizcó el brazo.

No se veía nada extraño. El océano estaba tranquilo, el cielo azul. Lo único especial era un tremendo hedor como a algas, causado por la materia gris que cubría las piedras de la derribada torre y las rocas de la orilla. Las moscas zumbaban. El océano limpiaría poco a poco la orilla.

Al año siguiente construyeron un faro nuevo, pero por entonces yo había encontrado trabajo en una ciudad pequeña, me había casado y tenía una casita caliente que brillaba amarilla en las noches de otoño, con la puerta bien cerrada y la chimenea soltando humo. En cuanto a McDunn, era el encargado del nuevo faro, que había sido construido, siguiendo sus indicaciones, con cemento armado.



—Por si acaso —dijo.

El faro nuevo estuvo terminado en noviembre. Fui a verlo a última hora de la tarde y aparqué el coche y miré al otro lado de las aguas grises y escuché el sonido de la nueva sirena, una vez, dos, tres, cuatro veces por minuto, allá lejos.

¿Y el monstruo?

Nunca volvió.

—Se ha ido —dijo McDunn—. Regresó a las profundidades. Aprendió que en este mundo no se puede amar demasiado a nada. Se fue a las profundidades más profundas a esperar otro millón de años. ¡Ay, pobre de él! Esperando y esperando mientras el hombre llegó a este lastimoso planeta y aquí sigue. Pero él continúa esperando y esperando.

Me quedé sentado en el coche, escuchando. No distinguía el faro ni la luz de la bahía de la Soledad. Sólo oía la sirena, la sirena, la sirena. Sonaba igual que la llamada del monstruo.

Permanecí allí sentado tratando de encontrar algo que decir.





«EL mejor escritor de ciencia ficción del mundo» es una frase que se utiliza a menudo para describir a Ray Bradbury, uno de los escritores más conocidos de nuestro tiempo. Esta frase, sin embargo, no refleja las opiniones de muchos críticos, incluido el propio Bradbury.

Los críticos de Bradbury sólo consideran ciencia ficción auténtica una parte de su obra. Su tipo de ciencia ficción carece de elementos técnicos; en vez de eso, se afirma y se centra en los personajes de la narración. De hecho, Bradbury realiza un trabajo excelente al desarrollar el factor humano en sus narraciones, explorando las relaciones y los conflictos que afectan a las personas en su vida cotidiana.

Bradbury prefiere llamarse «escritor de ideas» más que escritor de ciencia ficción. Utiliza la ciencia ficción y la fantasía como un vehículo, un ambiente, por medio del cual hacer incisivos comentarios y despertar la conciencia social del lector. A Bradbury no le interesan tanto los elementos tecnológicos típicos de la ciencia ficción como el impacto de la tecnología en la vida de las personas.

Ray Bradbury, nacido en Waukegan, Illinois, en 1920, comenzó a interesarse por la lectura y la escritura a la edad de siete años, cuando escuchaba a su tía Neva que le leía libros de Poe y El Mago de Oz. Poco después, Bradbury descubrió el mundo de la fantasía y el futuro, y empezó a leer aventuras de Buck Rogers y de Tarzán y ejemplares de *Amazing Stories*, revista de relatos de ciencia ficción. A partir de entonces se empapó de fantasía e ilusión. Hacia los doce años, realizaba espectáculos de magia, coleccionaba los tebeos de Flash Gordon y escribía relatos breves con una

máquina de escribir de juguete.

Durante sus estudios en el instituto, Bradbury siguió escribiendo cuentos y los enviaba a las revistas más importantes. Después de terminar la enseñanza secundaria, continuó escribiendo de tres a seis páginas diarias mientras vendía periódicos en la esquina de la calle. Por fin, cuando cumplió los veintiún años, el primer relato de Bradbury apareció en *Super Science Stories*, clásica revista de relatos de ciencia ficción.

Desde entonces, ha escrito incesantemente y con éxito, siendo internacionalmente reconocido por sus relatos [sus colecciones más famosas son *Crónicas marcianas* (1950), *El hombre ilustrado* (1952) y *Las manzanas doradas del sol* (1953)]. Bradbury también ha escrito varias novelas [como *Fahrenheit 451* (1953) y *El vino del estío* (1957)], obras de teatro y guiones de cine, entre ellos el de la producción dirigida por John Huston *Moby Dick*, que protagonizó Gregory Peck. Los relatos de Bradbury han aparecido en más de setecientas antologías, lo que testifica su inmensa popularidad. Muchas de sus obras han sido llevadas a la televisión, al cine y grabadas en cinta magnetofónica. Trabajó en una versión musical de *Fahrenheit 451*, además de en una ópera futurista, *Leviatán 99*, basada en la mitología de *Moby Dick* y dedicada a *Hermán Melville*.

Las descripciones del futuro de Bradbury han sido tan vivas como para escapar a los límites de la página impresa. En 1964, sus metáforas literarias sirvieron de guión para realizar un viaje por la historia norteamericana en el interior del pabellón de Estados Unidos de la Feria Mundial de Nueva York. También escribió el guión dramático para el interior de la Nave Espacial Tierra del Epcot Center de Disney en Florida. Y ha sido consejero de la empresa de arquitectura de Jon Jerde y asociados, en el sur de California.

Notas

[1] Referido a la obra *Mansiones Verdes*, de William Henry Hudson. <<